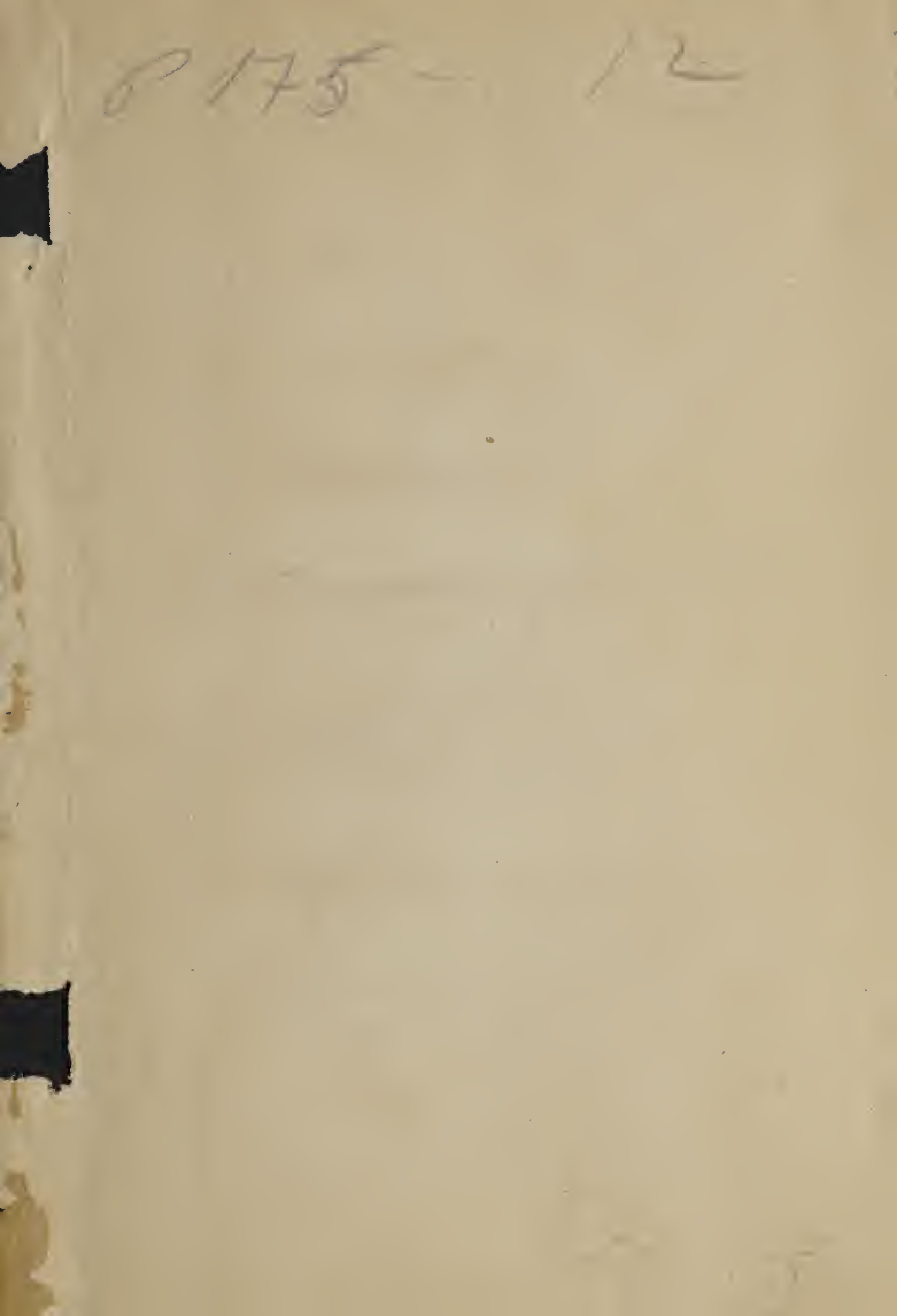

P175 - 12

OBRAS COMPLETAS DE MIGUEL RIVAS

Tomo I.—*En plena naturaleza.*
» II.—*La insaciable. (Erotismo y neurastenia.)*
» III.—*La Venus de fuego.*
» IV.—*La querida ideal.*
» V.—*Cuerpo de mujer.*
» VI.—*La voluptuosa.*
» VII.—*La condesa Blanca.*
» VIII.—*El ídolo de carne.*
» IX.—*La reina del hampa.*
» X.—*El amor no vuelve.*
» XI.—*Los secretos del placer.*
» XII.—*La gran histérica.*
» XIII.—*Adúltera?...*
» XIV.—*Las evas de ahora.*
» XV.—*Horas de locura.*
» XVI.—*De caída en caída.*
» XVII.—*La virgen de bronce.*
» XVIII.—*Mi última aventura.*
» XIX.—*La sirena de los ojos verdes.*
» XX.—*Por encima de todos los amores.*

Otras obras del mismo autor

(En colaboración)

Los infiernos de la voluptuosidad.

El libro de oro de la literatura hispanoamericana.

EL HOMBRE DE MUNDO.

COMEDIA ORIGINAL,

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON VENTURA DE LA VEGA,

de la Academia Española.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Setiembre de 1845.

PERSONAS.	ACTORES.
DON LUIS.	*Don Julian Romea.*
DON JUAN.	*Don Florencio Romea.*
ANTOÑITO.	*Don Mariano Fernandez.*
CLARA.	*Doña Matilde Diez.*
EMILIA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
BENITA.	*Doña Plácida Tablares.*
RAMON.	*Don Antonio de Guzman.*

La escena en Madrid.





Acto primero.

Gabinete elegante en casa de don Luis. Una puerta á la derecha que da al cuarto de este. Otra á la izquierda que conduce á lo interior. Por la del foro se sale á la calle.--Está puesta la mesa para almorzar.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. EMILIA.

Emilia. No, por Dios!
Clara. Pues ello, Emilia,
preciso es que algo resuelvas:
asi no puede seguir.
Emilia. Ay Clara!
Clara. Tú no me dejas
que hable á mi marido.
Emilia. No!
Clara. Tú... despedirlo... confiesas
que no te es posible. Pues
entonces, cuál es tu idea?
Qué plan es el vuestro? estaros
toda la vida con señas
y cartitas? tú asomando
á escondidas la cabeza
por detras de la cortina
del balcon, y él en la puerta
del tirolés de ahi enfrente
hecho una estátua de piedra
de noche y de dia? A qué hora

:

come ese hombre? A qué hora almuerza?
Cuando se abren los balcones,
ahi está: cuando se cierran,
ahi está: cuando salimos
á paseo ó á las tiendas,
detras: si vuelvo la cara
tal vez, da un brinco y se cuela
en algun portal, huyendo
y tomándome las vueltas.
A qué vienen esas farsas,
señor? Por qué no se acerca,
y nos habla, y viene á casa?
En fin, Emilia, me seca
andar haciendo el papel
de una madre de comedia.
Si vivo, y Dios me da hijos,
tendré que hacerlo por fuerza
algun dia; pero ahora,
ni soy madre ni soy vieja.
(*Mirándola, despues de una pausa.*)
Lo de siempre. Con callar
sales del paso.

Emilia. Y tú, al tema
de siempre! Qué he de decirte,
si yo no sé?... Pues no es buena
que ha de venir el muchacho,
y ha de decir lo que piensa,
y con qué intencion me mira,
y qué plan... Pues ya te acuerdas
cuando Antoñito iba á casa
antes, siendo tú soltera,
qué elogios hacias de él!

Clara. Y los hago: tiene prendas
apreciables... Pero, Emilia,
un niño que cuenta apenas
veinte años, piensas que puede
hacerte dichosa?

Emilia. Vuelta
á lo mismo. Qué sé yo!
Tú que tienes esperiencia,
dices que el hombre de mundo...

Clara. Ya estás viendo que la regla

no falla. Cuando se supo
que la cosa iba de veras,
y Luis pedia mi mano...
qué anónimos! qué indirectas!
qué pronósticos! qué chismes!
Cuántas amiguitas de esas
que dicen que nos adoran,
y que tanto se interesan
por nuestra suerte, vinieron
con mil dengues y reservas
á contarme atrocidades
del novio.—« Clarita, vea
usted lo que hace: ese hombre
tiene una fama perversa:
con él no ha habido muger
segura: tiene una lengua
de escorpion: trasnochador,
quimerista, calavera... »—
Y yo decia: mejor!

Emilia. Con que, mejor? Pues es buena!

Clara. Sí: porque esas aventuras
tiene el hombre que correrlas;
y si no lo hace soltero...
despues de casado es ella!

Emilia. Asi será. Pero á mí
esos que tanto se precian
de haber sido libertinos
como Luis... Yo en su presencia
ni me atrevo á respirar;
y nunca tendré franqueza
con él: todo en las mugeres
lo censura y lo interpreta.
—Ay! qué hombre!—No, Clara: Dios
me libre de su tijera!
Por Jesucristo te ruego,
hermana, que nunca sepa
lo de Antoñito.

Clara. Y no ves
que es mas facil que lo advierta
si seguís como hasta aqui,
y le ve de centinela?
Entonces sí que podrá

sospechar... En fin, te empeñas
en quererle? —Pues, Emilia,
vendrá á casa.

Emilia. Y Luis?

Clara. No temas.

Emilia. Pero, cómo, sin decirle?...

Clara. Eso corre de mi cuenta.

Emilia. Por Dios, Clara!...

Clara. Yo lo haré
con Luis de modo que crea
que es cosa mia, que es un
amigo...—Las once y media, (*Llama.*)
y Luis no viene á almorzar.

Emilia. Verás como al fin sospecha...
Mejor es que no...

Clara. Descuida.

ESCENA II.

DICHAS. RAMON, *que sale del cuarto de don Luis.*

Ramon. Señora?

Clara. Y tu amo? No piensa
almorzar?

Ramon. Se está vistiendo.
Le diré...

Clara. Dile que venga,
que le estamos esperando.

Ramon. —Muy bien.—Ya está aqui.

Clara. Pues, ea,
sirve el almuerzo.

(*Ramon se entra á lo interior de la casa, y poco despues viene con el almuerzo.*)

ESCENA III.

DICHAS. DON LUIS.

Luis. Perdona.
(*Acariciando á Clara.*)
He tardado, sí?—Por fuerza
te he hecho pasar un mal rato.

Desde las ocho con media
taza de café...

Clara. Ya estaba
desfallecida.

Luis. Me pesa
en el alma! —Buenos dias,
Emilia.

Emilia. Felices.

Clara. Piensas
salir?

Luis. No.

Clara. Como te veo
tan elegante, con esa
corbata...

Luis. Regalo tuyo.
Pues no; como tú no quieras
que salgamos... — Me he vestido
para tí.

Clara. Jesus! me llenas
de orgullo. Pues bien, yo asi
que almuerce, voy á las tiendas...

Luis. Iremos juntos. Sino,
mi plan, ya lo sabes, era
pasar el dia á tu lado,
como siempre. No me queda
mas ilusion en la vida
que tu cariño, y sintiera,
por culpa mia, perder
la única cosa en la tierra
que he creido... entre las mil
mentiras que he visto en ella.

Clara. Ay! qué galante amanece
hoy el dia.

Luis. Sí: de veras
te lo digo. Haber hallado
una muger de tus prendas,
Clara mia, es poco menos
que un milagro.

Clara. Eso ya peca
de exageracion. — Yo estoy
muy lejos de ser perfecta;
y en el mundo hay infinitas

mugeres...

Luis. Que se parezcan
á tí?

Clara. Mejores que yo.

Luis. No las he visto.

Clara. Pudiera
consistir en que tampoco
las has buscado. Y observa
que está aqui Emilia, y segun
tu opinion, se mira envuelta
en la regla general.

Emilia. Cómo ha de ser!

Luis. No: no es esa
mi intencion. Cómo es posible!...
Lo bueno tambien se pega;
y Emilia es tu hermana. —Pero
no juzgues por tí y por ella
de las demas: créeme á mí,
que soy voto en la materia.

Clara. Ay! pobres mugeres! —Eso
es juzgar con ligereza,
Luis. --Como tú no has tratado
de acercarte sino á aquellas
de quienes ya se sabia
que eran materia dispuesta
para aventuras galantes,
sacas hoy la consecuencia
de que á ese círculo estrecho
que conoces, se asemejan
todas las demas mugeres;
y eso permite que crea
que no es conocer el mundo,
sino conocerle á medias.

Luis. Bien: eso quiere decir
que yo por mi mala estrella
he visto la parte mala...
y ahora empiezo á ver la buena.
Siento no haber encontrado
antes...

Clara. No: á mí no me pesa
que la hayas visto: al contrario.
Dicen que los calaveras

son despues buenos maridos.
Ya lo veremos. —Sintiera
convencerme de que tiene
alguna escepcion la regla.

Luis. No seré yo la escepcion,
te lo ofrezco. Ya estoy fuera
de combate. —La mayor
diversion que ahora me queda
es ponerme en un rincon
y pasar horas enteras
viendo cómo pillo al vuelo
los guiños de inteligencia
de los amantes. Es mucha
mi práctica en la materia,
y tengo yo tan presentes
las astucias y las tretas
que he visto usar...

Clara. Y has usado.

Luis. Y como todas emplean
los mismos medios... me río,
cuando en una concurrencia
veo á los pobres maridos
que en la sala se pasean
entre el recio tiroteo
de miradas y de señas.

Clara. Si no te equivocas nunca,
yo me doy la enhorabuena.

Emilia. (*Ap.*) Yo no! Lo va á descubrir
en cuanto entre por las puertas
Antoñito!...

Luis. Pero es cierto,
es cierto! La verdadera
felicidad no es andar
vagando de ceca en meca
en pos de vanos placeres.
Yo con todas mis riquezas
jamas he sido feliz.
La felicidad es esta!
esta que ahora gozo! Hallar
una dulce compañera,
una casa, una familia...
Esta vida me embelesa!

Bien lo ves : yo casi nunca
salgo. De noche una vuelta
por el café, y al teatro :
acabada la comedia,
á casa. Pero tú, Clara,
siento que no te diviertas
mas. Mi deseo mayor
sería verte contenta.

Clara. A tu lado lo estoy siempre.

Luis. Es que yo quiero que seas
completamente feliz
como yo lo soy.

Clara. De veras?

Luis. Ah! muy feliz! no lo ves?
Tengo una confianza ciega
en tí. Vé al Prado, á tertulias,
entra, sal, haz lo que quieras.
Vente conmigo al teatro.

Clara. De noche me da pereza
de salir.

Luis. Pero estar siempre
sola!... No, Clara. Que vengan
gentes á casa : los que iban
cuando te hallabas soltera
á visitarte.

Clara. Si allí
no iba nadie : ya te acuerdas.
Como no fuera Antoñito...

Emilia. (*Ap.*) No le digas!...

Luis. Cierto. Ese era
aquel jovencito...

Clara. Sí :
aquel...

Luis. Bonita presencia!
Allí le vi algunas veces
de visita ; pero apenas
entraba yo, se marchaba.

Clara. Es un chiquillo que empieza
á vivir : sin mundo : corto
de genio...

Luis. Pues ya que llega
la ocasion...

Emilia. (*Ap.*) Yo estoy en ascuas!
Luis. Diré á ustedes... como muestra
de mi práctica, que entonces
creí columbrar en cierta
jovencita, aqui presente,
síntomas...
Emilia. Vaya!—Si piensas
que iba por mí, te equivocas.
Yo no he sido nunca de esas
que tú dices. Yo no miro
á nadie: yo no hago señas
á nadie; y aqui está Clara
que diga...
(*Ap. á Clara.*) No me desmientas!
Clara. Es verdad.—Y ya ves tú
si sería una completa
locura... Un chico sin pelo
de barba... Qué!... sin carrera
todavía...
Luis. Me engañé:
como él iba con frecuencia,
y alli no habia tertulia
ni otro objeto que pudiera
dar aliciente...
Emilia. Eso es.
Y el milagro me lo cuelgas
á mí!
Luis. Pues á quién?
Emilia. Con nadie
puede una hablar sin que crean
estos hombres que hay intriga,
y amores, y... Estamos frescas! (*Se levanta.*)
Clara. Anda, ponte la mantilla,
que es hora de ir á las tiendas;
y trae la mia.
Emilia. (*Aparte á Clara.*) No digas
nada: no quiero que venga
Antoñito.

ESCENA IV.

DON LUIS. CLARA.

Clara. Ya la has puesto
como una grana. Se quema
con tus bromas.
Luis. Pero en fin,
mi observacion era cierta?
Clara. Sí.
Luis. Toma! Tengo yo un ojo!...
Clara. Pero, por Dios, que no sepa
Emilia que te lo he dicho.
Luis. Y por qué?
Clara. Porque te tiembla.
Luis. Pues yo acaso...
Clara. Es sumamente
tímida; y con las lindezas
que dices de las mugeres...
Luis. Y ese chico...
Clara. Antes que vuelva
Emilia te contaré.
Ese chico no nos deja
á sol ni á sombra, nos sigue
sin descanso, nos asedia.
No se ven; y ya conoces
que la privacion fomenta
el amor en esa edad.
Por eso, Luis, yo quisiera
una cosa...
Luis. Qué?
Clara. Si tú
una noche le trajeras...
sin darte por entendido...
como que me le presentas
á mí, porque fue visita
de casa...
Luis. Pero, tú piensas
casarlos?
Clara. Estas en tí?
Casarlos? Para esponerla
á que al año se le antoje

al niño ser calavera,
y la haga infeliz? No, no.
Lo que quiero es que se vean
á su sabor, que se juren
amor y constancia eterna
cada minuto, que agoten
la cartilla de ternezas
y requiebros; y verás
cuando sus amores pierdan
el romántico barniz
de carta, escondite y reja,
cómo los dos se fastidian,
y se acaba la comedia.

Luis. Magnífico plan! — Amiga,
te digo que eres maestra!
Hoy mismo le traigo á casa.
Tú siempre estarás alerta...

Clara. No hay cuidado.

Luis. No te fies,
que la ocasion...

Clara. No la temas.

ESCENA V.

DICHOS. DON JUAN. RAMON.

(*Ramon viene como deteniendo á don Juan, quien sin atenderle se entra con el sombrero puesto.*)

Juan. Qué recado! — Quita allá.

Ramon. Es que...

Juan. Ya no me conoces?
Dónde está Luis? (*Llegando.*)

Luis. Quién da voces?

Juan. Luisillo!

Luis. Juan!

Juan. (*Le abraza.*) Voto va!
El tunante de Ramon
queria pasar recado.
Yo que estoy acostumbrado
á colarme de rondon
en tu casa...

Luis. (*Indicando á Clara, con empacho.*)
Pero ahora...
Juan. Calla! (*Reparando en Clara.*)
Luis. Ya ves...
Juan. Es verdad:
habiendo esta novedad
no digo nada.—Señora! (*Se saludan.*)
Ya se ve, como hace un año
que al estrangero marché
y anoche mismo llegué
con la mala, no es estraño
que ignorase... Con que...
Luis. (Ay, Dios!
qué burla me espera!)
Juan. Ha sido
muy bien hecho.—Hemos tenido
un pensamiento los dos.
Luis. Es posible?
Juan. Bravo, Luis!
Es guapísima! De veras.
Soberbia eleccion.—Si vieras
la que traigo de París!
Clara. Cómo!
Luis. Qué?...
Juan. Cuando concluya
un negocio... á casa voy
y la traigo... Ha de hacer hoy
amistades con la tuya.
Clara. Pero...
Luis. Con que tú tambien!...
(Se ha casado!... Respiremos!)
Si al cabo todos caemos...
Juan. (*Se pasea, tomando algo del almuerzo.*)
Lo demas es un belen.
Andar á salto de mata,
y esclavo de la querida...
Vayan al diablo!—Esta es vida
mas cómoda... y mas barata.
Clara. (*Ap.*) Qué frases!
Luis. (El casamiento
no le ha hecho mudar de estilo.)
Juan. Asi se vive tranquilo...—

Esta tuya es un portento!
Poco te podrá gastar:
tiene facha de hacendosa.
La mia... la mia es cosa!...—
Luisillo: quieres cambiar?

Luis. Viene muy bromista!... (*Con risa forzada.*)

Clara. (*Con ironía.*) Sí!

ESCENA VI.

DICHOS. EMILIA.

(*Emilia trae la mantilla puesta, y saca la de Clara.*)

Emilia. Vamos, Clarita?

Clara. (*Se pone la mantilla.*) Al instante.

Juan. Ay! qué linda!... Este tunante
las tiene á pares aqui!
Vive contigo?

Luis. Si tal:
si es hermana...

Juan. Me interesa
tambien. -- Cuándo una francesa
ha de tener esa sal? --
Esta no tendrá querido?

Emilia. Qué dice!

Luis. (Juan, sé prudente.)

Clara. (Hay hombre mas insolente!)

Juan. Pues, señor, yo me decido.

Luis. A qué?

Juan. Nada: que me apesta
la francesa: que esta noche
vuelvo á soplarla en el coche...
y me acomodo con esta.
(*La toma del brazo.*)

Emilia. Dios mio! (*Gritando.*)

Clara. (*Con enfado.*) Qué va usté á hacer!

Juan. *Parti carrè!*

Luis. Juan, repara!...

Juan. Quita!

Emilia. Suelte usted!...

Juan. No es Clara

tu querida?

Luis. Es mi muger.

Juan. Tu muger!... (*Sorprendido, quitándose el sombrero.*)

Luis. Sí; y ese modo
de hablar...

Juan. (*A Clara.*) He sido un grosero,
señora... -- Este majadero
tiene la culpa de todo.
Me ves hablar disparates
y no me avisas?

Luis. Y á tí,
quién te manda hablar asi
sin saber...

Clara. No mas debates.
No hay nada aqui que me choque.
El que trata solamente
con cierta clase de gente,
qué estraño es que se equivoque?

Juan. (Me ha pegado á la pared!)

Clara. Vamos, niña.

Luis. (Qué dirán!)

Clara. A Dios, Luis. -- Señor don Juan,
esta casa es muy de usted.

Juan. Hasta que mi aturdimiento
logre el perdon alcanzar,
vendré, aunque sepa abusar
de ese amable ofrecimiento.

Emilia. (Pues como otra vez me asuste!...)

Clara. Jesus! -- No se necesita
tal perdon. -- Eso no quita
que venga usted cuando guste.

Juan. (Qué gracia tan seductora!...)

Luis. Te marchas?... Saldré contigo. (*A Clara.*)

Clara. No: quédate con tu amigo.
Vamos á tiendas ahora.

Juan. Por mí...

Clara. No, no: que se esté.
Qué ha de hacer el pobre alli,
oyendo hablar de *organdí*,
y de *raso* y de *muaré*,
y «vamos, llevo el vestido?

no sea usted tan carero...»
fastidiarse; y yo no quiero
fastidiar á mi marido!

ESCENA VII.

DON LUIS. DON JUAN.

(*Don Luis se sienta con aire formal. Don Juan permanece de pie.*)

Juan. (Qué graciosa criatura! --
Mi virtud está en un tris. --
A un amigo!! -- Pobre Luis!
No tienes hora segura!)
Luis. Me has dado un rato!...
Juan. Qué quieres.
Si aun no he vuelto de mi espanto.
Tú que blasonabas tanto
de conocer las mugeres!...
Tú casado!
Luis. A esa esperiencia
que adquirí en mi juventud
debo, Juan, esta quietud.
Juan. Te has perdido con mi ausencia!
Si tengo el menor indicio,
cuándo me voy de tu lado!
Te encontraste abandonado
y diste en el precipicio.
Pero sin ser adivino,
quién sospecha?... Ya se ve,
cuando de aqui me marché
ibas por tan buen camino!
Luis. Aquello era una ilusion.
Solo aqui la dicha existe.
Juan. Pero, cómo concebiste
esa fogosa pasion?
Luis. No hubo tal pasion en mí.
Juan. Pues entonces no se esplica...
A no ser que fuera... -- Es rica?
Luis. No tiene un maravedí. (*Se levanta.*)
Ni el dinero me movia,

ni amor me ofuscaba el alma;
por eso pude con calma
observar lo que valia.
Yo que cansado ademas
de esa vida borrascosa,
iba buscando otra cosa,
sin encontrarla jamas,
vi esta muger hechicera:
rompí los antiguos lazos,
y he hallado, Juan, en sus brazos
felicidad verdadera!
En fin, tú caerás tambien;
y ya me dirás si miento.

Juan. De tan fatal pensamiento
el Señor me libre, amen.

Luis. Esas no son mas que frases.
Tú estás cansado.

Juan. No digo...

Luis. Créeme, Juan, yo soy tu amigo:
es preciso que te cases.

Juan. Cómo es eso?... Poco á poco:
No exijas el sacrificio
de que tambien pierda el juicio
porque tú te has vuelto loco.
La amistad no llega á tanto.

Luis. Eso dices porque ignoras
cómo se pasan las horas
en esta vida de encanto.
Mi muger es un tesoro,
es un angel: no hay ninguna
que tales prendas reuna.
La estimaba; y ya la adoro!

Juan. Pues si no hay otra como ella,
y esa la pillaste ya,
con quién me caso?

Luis. Otra habrá:
confia en tu buena estrella.

Juan. Serán mis maravedís
lo que busque, no mi amor;
y en ese caso es mejor
la que traigo de París.
Porque esa, si yo la pillo

en un renuncio, *laus Deo:*
la acomodo en el correo,
y á Francia.—Créeme, Luisillo:
la muger no ama jamas.

Luis. De soltera poco ó nada;
pero despues de casada
suele amar...

Juan. A los demas.

Luis. Hombre, alguna...

Juan. Haré escepcion
en favor de tu muger.

Luis. Gracias: no era menester...

Juan. Y tambien, por atencion,
la haré en favor de su hermana,
que al fin es de la familia...

Luis. Hombre!... Harias con Emilia
una boda soberana!

Juan. Sí!

Luis. Ello, habrá que desbancar
á un rival...

Juan. Por eso no!
Como me empeñase yo,
dónde iba el pobre á parar!

Luis. Pues hazlo! Mira que es cosa
de que no tienes idea
lo que cautiva y recrea
el cariño de una esposa!
Y no lo juzgues por ese
con que te tiene embaucado
la francesa: amor comprado,
por mucho que te embelese.
Ni es tampoco aquel delirio,
aquella fiebre de amante,
abrasadora, incesante,
que mas que gozo es martirio.
Es fuego que da calor
al alma, sin abrasar:
es conjunto singular
de la amistad y el amor.
Huye de tí el egoismo;
porque hay á tu lado un ser
que tu pena y tu placer

los siente como tú mismo.
En vez de frivolidad
y de desprecio del mundo,
se despierta en tí un profundo
instinto de dignidad.
Quieres merecer del hombre
respeto, aprecio, interes,
porque refleje despues
en la que lleva tu nombre.
—Ese tu eterno viajar
por Francia, Italia, Inglaterra,
sin que haya un punto en la tierra
que alivie tu malestar,
qué es sino cansancio, di?
qué es sino un vago deseo
de encontrar mas digno empleo
á la vida que hay en tí?
Pues esa eterna vagancia,
ese vivir volandero
que te hace tan estrangero
en España como en Francia;
la indiferencia fatal,
ó el tedio mas bien que sientes
cuando ventilan las gentes
algun negocio formal,
todo eso, que yo he probado
cuando como tú vivia,
se borra, Juan, desde el dia
en que te miras casado!
Ya por el público bien
te afanas, y en tí rebosa
con el amor de tu esposa
el de tu patria tambien.
Y el alma y los ojos fijos
en su porvenir tendrás;
porque esta patria, dirás,
es la patria de mis hijos.
En fin, Juan, el matrimonio
es origen, no lo dudes,
de las mayores virtudes
de la tierra.—Y... qué demonio!
Mucho contra él se propala;

pero cuando todos dan
en casarse... Vamos, Juan,
no será cosa tan mala.

Juan. (*Despues de ana pausa.*)
Cuándo te casaste?

Luis. Cuándo?
Hará tres meses. (*Vuelve á sentarse.*)

Juan. Corriente.
Pues voy á tener presente
esa arenga; y si en pasando...
vaya, no quiero alargarme,
un año, dices lo que hoy,
consiento, por lo que soy...
en qué diré yo?... en casarme.

Luis. Tendré la misma opinion;
no es Clara de esas mugeres...

Juan. Te lo concedo, si quieres:
es la misma perfeccion.
Pero no está en ella el mal;
y aun cuando yo tropezara
con otra segunda Clara,
no me casaria.

Luis. Hay tal!
Ni aun teniendo esa fortuna
querrias casarte?

Juan. No.

Luis. Pero por qué?

Juan. Porque yo
no creo, Luis, en ninguna.
Juntos corrimos el mundo:
tú has perdido la memoria;
yo recuerdo aquella historia,
y en su esperiencia me fundo.
Todas son á cual peor:
yo me mantengo en mis trece.
La que mas santa parece
es porque engaña mejor.

Luis. Pues yo veo por ahí
muchos maridos felices.

Juan. Quién lo duda?

Luis. Es que tú dices...

Juan. Los predestinados, si.

La culpa siempre es del hombre.
Todos tienen igual suerte;
pero el que el riesgo no advierte
de qué quieres que se asombre?
El que de ellas solamente
ha visto el falso barniz,
se casa, y es muy feliz!
No hay amigo ni pariente
que con caridad estraña,
como escamado le vea,
en el deber no se crea
de decirle: «usted se engaña!»
Viene la suegra y el suegro,
y entre ellos y la muger,
y el amante, le hacen ver
que lo que era blanco es negro.—
Pero yo que soy un galgo
que huele á media jornada,
y que aunque no vea nada
he de presumir que hay algo,
iré á aumentar el artículo,
bastante crecido ya,
de esa caterva, que está
constantemente en ridículo?
(*Poniendo el brazo sobre el cuello de don Luis.*)
Cuántas víctimas ¡oh Luis!
hemos hecho!—Qué es de aquel
intendente?...

Luis. (*Sonriendo.*) Don Gabriel?
el que jugaba al bis-bis?

Juan. Y ella cómo te queria!

Luis. Era un volcan!

Juan. Y el simplon
decia: «Es mucha pension!
Esta Enriqueta es tan fria!»

Luis. Pobre diablo! (*Riendo.*)

Juan. Y tus amores
con la rubia?... Con aquella...

Luis. Oh! Maruja!

Juan. Y su doncella,
qué alhaja!

Luis. Sí: la Dolores! (*Se levanta.*)

Todos los dias, mas fija
que el sol, á la misma hora
con carta de su señora...

Juan. Conservas aun la sortija?

Luis. Por ahí anda.

Juan. ...Te la dió
en las barbas del marido!

Luis. Pues no era aquel muy sufrido.

Juan. Ella le domesticó.

Luis. Tenia golpes soberbios!

Juan. Y qué caricias le hacia
cuando mas...

Luis. Qué bien sabia
fingir ataques de nervios!

Juan. Y cuando dió en ir á misa
sin dejar una mañana;
y él decia: «Qué cristiana
es mi Maruja!»

Luis. Qué risa!
Mereció por animal...

Juan. Toma!

Luis. Tan corto de alcances!...

Juan. Pero entre todos tus lances,
el mas chistoso fue...

Luis. Cuál?

Juan. El de aquella con quien tú
te estacionaste...

Luis. Ah! sí: Rosa!

Juan. La facha mas candorosa...
Y era el mismo Belcebú!

Luis. Qué lance?—Cuando me dió
una cita por el Diario?

Juan. No...

Luis. Cuando en aquel armario
me tuvo escondido?

Juan. No...
Eso á cualquiera le pasa.—
Cuando urdió aquel embolismo
para que el marido mismo
te presentase en su casa.

Luis. El marido... mismo!... (*Mudando de color.*)

Juan. Pues!—

No te acuerdas?
Luis. Sí... Me acuerdo...
Juan. Y eso que aquel no era lerdo!
Luis. No era... lerdo!...
Juan. No: al revés.
Hombre de mundo... y muy ducho...
Luis. De mundo?...
Juan. Pero es en vano:
no basta el saber humano...
Luis. Pues... ó yo me engaño mucho...
ó, vamos... aquel marido...
era torpe. Quién da un paso
tan... No sé; pero en su caso
yo lo hubiera conocido.
Juan. Qué habias de conocer!
Ella lo prepararia
con aquella maestria
que tiene toda muger.
Con ese don infernal
de tal suerte le ofuscó,
que al hombre le pareció
la cosa mas natural.
Luis. Es verdad... eso sería... (*Sentándose.*)
Juan. Qué tienes?
Luis. Nada.
Juan. Ya estoy.
Estos recuerdos...—Me voy.
—Ya has hecho la tontería...
Con que adelante: á vivir.
A Dios, chico. (*Abrazándole.*)
Luis. Volverás?
Juan. Pues no he de volver!—Quizás
me llegues tú á convertir.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

El marido mismo... sí!
el marido mismo fue!—
Vino de tan buena fé
á llevarme!... Y luego allí

qué ridículo papel
entre las gentes hacia!
Todo Madrid lo sabia:
todo Madrid... menos él.
Me ha entrado un desasosiego!...
(*Se levanta.*)
Este Antoñito...—Dios mio!
Si en la relacion confio,
y le traigo á casa, y luego!...
No le traigo: se acabó.—
Y qué pretesto he de dar?
Si Clara llega á notar
que sospecho de ella!... No.—
Porque si no hay fundamento,
qué logro? mortificarla.
Y si le hay, es avisarla
que se vaya con mas tiento.—
Pero tambien, si es que existe
ese condenado plan
para traer el galan,
traerle yo mismo... es chiste!
Dice que á Emilia pretende;
pero Emilia lo negaba;
y Clara titubeaba
al esplicarme?...—Aqui hay duende.—
Qué bueno es haber corrido!
Este lance lo acredita.—
Aquel candor de Rosita
cuando persuadió al marido,
es una leccion preciosa!—
Qué ardid pueden ya inventar
que yo no haya visto usar?—
La esperiencia es mucha cosa!—
Y yo sin aprovecharme
de la que tengo!—Fortuna
que en ocasion oportuna
viene Juan á despertarme.
Yo traeré á Antoñito á casa.
—Ramon!

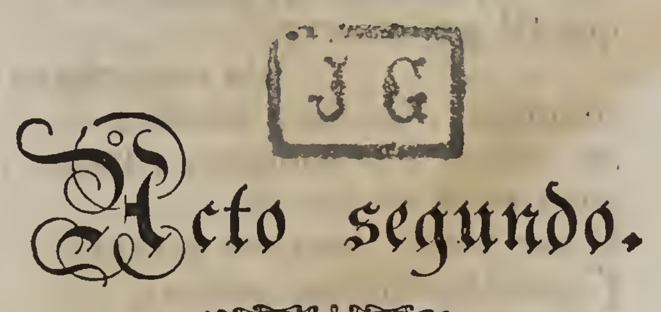
ESCENA IX.

DON LUIS. RAMON.

Ramon. Señor?
Luis. El sombrero.
(*Se va Ramon, y vuelve con el sombrero.*)
Le traeré. Pero primero....
—Voy.—Yo sabré lo que pasa:
Tratemos de preparar
el campo.—El tal Antoñito!...—
Pero, Dios mio! está escrito
que ninguno ha de escapar?...
(*Se va por el foro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.





Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. RAMON.

(*Salen por el foro.*)

Juan. Con que todos estan fuera?
Ramon. Sí señor.
Juan. Por eso vuelvo.
He hallado á Luis en la calle
tan distraido, que habiendo
pasado yo junto á él,
ni me ha visto. Y como tengo
deseos de hablar contigo,
dije: allá voy... Con que, hablemos.
Esplícame tú...
Ramon. Ay! Señor
don Juan! Usted nos ha muerto
con marcharse de Madrid!
Por ese viaje nos vemos
casados!
Juan. Tú tambien!
Ramon. No;
pero es lo mismo. Estoy hecho
tan marido como el amo.
Esta casa es un convento.
Solo cada tres domingos
me dejan ir á paseo.

un par de horas, y si tardo
dos minutos mas, ya hay gesto
en la señora.

Juan. Hola! Dime:
qué tal genio?...

Ramon. Un cancerbero
conmigo... Me hace barrer,
me hace ir á la compra; y luego
apuntar en un librote
lo que traigo, con sus precios;
y como falten dos cuartos,
me hace devanar los sesos
hasta que sale la cuenta,
cabal.— Yo no soy para esto:
el orden me mata! Usted
que me ha visto en aquel tiempo
dichoso ser confidente
de los íntimos secretos
del amo, no descansar
estudiando el mejor medio
de deslizar un billete,
de entretener á un cochero,
de acechar á algun marido,
y mientras estaba dentro
el amo, ensayarme yo
en conquistar el afecto
de una linda camarera!...
El que se ha criado en eso
no puede... Pues y propinas?
y ser dueño del dinero
sin andar jamas con cuentas
de esto pongo y esto debo?
La verdad, señor don Juan,
el amo me tira, es cierto;
pero ya estoy hasta aqui
de escoba y de casamiento.

Juan. Pobre Ramon! Eres digno
de mejor suerte! Ya veo
que tú no has hecho traicion,
como el pobre Luis, á aquellos
principios que en nuestra escuela
aprendiste.

Ramon. Nada de eso.
Calavera hasta la muerte!
Y en esta casa no puedo...
Juan. Anda, déjalo correr.
Ten paciencia. Tras de un tiempo
viene otro. Quizá aqui mismo
las cosas muden de aspecto...
y entonces... (Este es muy listo;
y si no logro ponerlo
de mi parte, es imposible
mi plan: lo descubre al vuelo.)
Tú por volver á tu oficio
darias...
Ramon. Lo que no tengo!
Juan. Y como hombre de principios
fijos, no te importa un bledo
que la persona á quien sirvas
se llame...
Ramon. Nada. En habiendo
intriguilla, ya estoy yo
en mis glorias, y dispuesto
á engañar al *sursum corda!*
Juan. Al mismo Luis.
Ramon. Lo que es eso...
Es mi amo!...
Juan. Pero es marido!
Ramon. Es verdad!
Juan. Y en el momento
que se casa un hombre, pierde...
No te acuerdas?
Ramon. Sí me acuerdo,
sí señor. Pierde... Cómo era?
Juan. Pierde todos sus derechos
sociales, y se declara...
Ramon. Eso es: se declara objeto
de hospitalidad. Eh?
Juan. Mal
pronunciado; pero es eso.
Objeto de hostilidad.
Ramon. Pues: como quien dice: á ellos!
Juan. Y si á tí se te ofreciera
una ocasion, por ejemplo,

de ejercer tu habilidad...
aun cuando fuera aqui dentro,
renunciarias, Ramon,
á la gloria y al provecho
que pudiera resultarte,
por guardarle miramientos
á un amo... indigno de tí,
débil! apóstata!...

Ramon. Pero
en esta casa no alcanzo
quién pueda ser... Yo no veo...

Juan. No me ves á mí?

Ramon. Usted!...

Juan. Calla.
Este es un golpe maestro.
Tu ama es preciosa! y merece
que por compasion al menos
se la saque de esa vida
de hacer cuentas y andar viendo
cómo se barre y se cose;
en fin, de esos ministerios
mecánicos.

Ramon. Eso sí.
Es un dolor! — Con un cuerpo!...
y una cara!... y sin pensar
en mas que en quitar de enmedio
los trastos, y en que se barra!...

Juan. Oh! verás cómo la hacemos
que se olvide de esas cosas.

Ramon. Será muy útil!

Juan. Te ofrezco
trocar antes de dos meses
este triste monasterio
en la mansion del placer.
Y tu ama dará el ejemplo.
Es decir, si tú me ayudas.

Ramon. Con que usted, por lo que veo,
ni á sus antiguos amigos
perdona?

Juan. Pero, hombre; puesto
que mas tarde ó mas temprano
alguno ha de ser, yo quiero

adelantarme. Lo haré
como amigo. Desde luego,
por ser él, suprimiré
el escándalo. Y te advierto
que es sacrificio. Ya sabes
que no parece completo
el triunfo, sin la salsilla
de que corra.

Ramon. Es verdad; pero
en casos como este, cuando
hay amistad de por medio...

Juan. Y luego, hay compensaciones.
A tu amo le volveremos
al mundo, se distraerá.
La vida que hace es un mero
paréntesis. Ahora mismo
casi á apostarte me atrevo
que tiene intriga. Has olido
tú?

Ramon. Nada. —

Juan. Pues, á que es cierto?
Tú obsérvalo bien, y como
yo me equivoque...

Ramon. Veremos.
Conmigo no se franquea.
Pero me pondré en acecho,
y no se me escapará.

Juan. Pues avísame al momento
que lo sepas. Ya verás
llover sobre tí de nuevo
los lances y las propinas! —
Ah! cuidado! Lo primero
es ganar á la doncella.
Tú ya sabes el secreto:
la haces el amor: la ofreces,
si es preciso...

Ramon. Está usted fresco!
Amor? — Si es una argandeña
como un puerco-espin! Yo, lleno
de amabilidad, por ver...
y en fin, por matar el tiempo,
me he acercado algunas veces...

Que si quieres ! Siempre llevo
una coz. — Señor don Juan,
esto no es el bello sexo.

Juan. Pues es preciso que insistas
en tu plan. Quién dijo miedo?
Esa conquista te cubre
de gloria ! Ablandar un pecho
de cal y canto !

Ramon. Sí tal.

Benita. (*Dentro.*) Ramon !

Juan. Quién te llama?

Ramon. Creo
que es la susodicha.

Juan. Pues
me voy. Cómprala un pañuelo.
(*Le da dinero.*)
Qué horas tiene Luis?

Ramon. De noche
va al teatro...

Juan. Sí? — Hasta luego.

ESCENA II.

RAMON.

Pues señor, ya empiezo yo
á encontrarme en mi elemento.
Propinas !... Amores !... Ande
la...

Benita. (*Dentro.*) Ramon !

Ramon. Otra te pego !
Es mi víctima futura.
No la respondo : con eso
vendrá aqui, y empezaré
el plan de ataque. Allá adentro
con la cocinera, es cosa
imposible. — Dicho y hecho.

ESCENA III.

RAMON. BENITA.

(*Benita sale, y al verlo se queda parada, con enojo. Ramon ha tomado una actitud sentimental.*)

Benita. Sordo!
Ramon. Quién?
Benita. Pues no oye usted
que le llaman?
Ramon. Será cierto?
Benita! usted me llamaba?
Benita. Sí señor: á ver si aquello
ha sido en la vida un cuarto
de peregil?
Ramon. Dios eterno!
De peregil viene á hablarme!
Benita. Todos los dias tenemos
la misma cancion. La Juana
dice que es usté un mostrenco,
que no trae la compra bien
casi nunca.
Ramon. Ese concepto
tiene la Juana de mí?
Qué me importa! Á quien yo quiero
agradar no es á la Juana,
si no á ese rostro de cielo
que...
Benita. Siempre trae las perdices
pasadas...
Ramon. Pasado el pecho
tengo yo.
Benita. De las dos libras
de vaca, la mitad hueso...
Ramon. Usted me lo hace roer,
ingrata!...
Benita. El tocino, añejo.
Ramon. Mas añejo es este amor...
Benita. La leche, aguada...
Ramon. Que siento...
Benita. Los tomates...

Ramon. En el alma...
Benita. Podridos.
Ramon. Y no hay remedio
para mí?
Benita. Registrar antes
las cosas.
Ramon. Si no es mas que eso...
Benita. Quite usted allá! Yo no soy
guitarra.
Ramon. No puede menos,
Benita, sino que usted
nunca se mire al espejo;
porque si usted se mirase
esa cara...
Benita. Y qué tenemos?
Ramon. Que es lástima que con ella,
y esas carnes, y ese cuerpo,
hable usted de peregil
y de tomates y...
Benita. Quiero
hablar. Porque tengo ley
á mis amas. Me trujeron
desde que era una chiquilla
á Madrid; porque en mi pueblo
he sido hermana de leche
de la señorita; y llevo
mas de diez años con ellas;
y miro por el gobierno
de la casa. Y me he criado
con vergüenza. Y no consiento
que nadie me toque; estamos?
Que mi padre es cosechero
en Arganda. Qué pensaba
usted?
Ramon. Hola!
Benita. Y si le cuento
que usted me persigue, puede...
Yo soy única, y no tengo
necesidad de servir;
estamos? Y si me meto
en mi casa, seré reina;
estamos?

Ramon. (Bueno es saberlo!)
Con que allá en Arganda?...
Benita. Pues.
Y á mí nadie... en no viniendo
con buen fin...
Ramon. Pues con qué fin,
que no sea santo y bueno,
pudiera acercarme yo
á la alhaja de mas precio
del cosechero de Arganda?
(Pues este negecio es serio.)
Oh! Benita! No sería
un horror que algun paleto
de vara en cinto cargara
con tan robusto majuelo?
Si usted se volviera allá
llevando al lado un... (le tengo
una aversion al vocablo!)
llevando al lado un... mancebo...
en fin... casi un señorito...
Míreme usted.
Benita. Yo... en viniendo
mi padre... se lo diré...
(No es mal mozo!) Siendo cierto...
Ramon. Cómo cierto? Pues si traigo
en vez de lechuga, berros,
si se me olvida barrer,
si dejo caer al suelo
los platos... por qué será,
sino porque me enageno
pensando en esta Benita
que me ha trabucado el seso!
Benita. Entonces... bien; porque, en fin,
á qué está una?
Ramon. Oh! portento
de bondad!... (Es propietaria!)
Sí, Benita!... El himeneo...
Benita. Qué ha dicho usted?
Ramon. El matrimonio...
Benita. Ah!
Ramon. Ligará con el tiempo
esta mano... (*Va á tomársela.*)

Benita. Vaya, vaya...
las manos quedas...

ESCENA IV.

DICHOS. CLARA. EMILIA.

(*Clara trae un lío de compras.*)

Clara. Qué es esto?
qué hacen ustedes aqui
en conversacion? Me alegro!
Ramon. Señora, yo bien he oido
la campanilla, mas yendo
á abrir, oí pasos, y dije
á Benita: ya han abierto.
Clara. Pues es oir! Porque yo
no he llamado.
Ramon. No? Pues ello...
Clara. Salia gente; y entramos;
con que...
Ramon. Pues yo...
Clara. (*Con severidad.*) Vete adentro.
Ramon. Jurara!... (*A una mirada de Clara se va.*)
(Para abadesa
no hay otra. — Yo te prometo
que he de ayudar á don Juan...
y te domesticaremos.)

ESCENA V.

CLARA. EMILIA. BENITA.

Clara. Y tú, tampoco tenias
que hacer?
Emilia. No la riñas!
Benita. Tengo,
si señora; pero á veces
una...
Clara. Has aplanchado el cuello
que te dije?
Benita. Cuánto ha!

Clara. Bien.
Y no tienes ahi un cesto
de ropa que repasar?
Benita. Como si no hubiera tiempo!
Clara. No señor: lo que hay que hacer,
á hacerlo. Y en fin, no quiero
verte mano sobre mano,
ni en conferencias...
Emilia. Yo creo
que la riñes sin motivo.
Ella trabaja...
Clara. No es eso.
Qué sabes tú?... -- *V*ete al cuarto
de la labor.

ESCENA VI.

CLARA. EMILIA.

Clara. Yo me entiendo.
Esta chica se va echando
á perder. Hace algun tiempo
que sin pedirme licencia,
cosa que jamas ha hecho,
sale de casa y no dice
dónde ha ido.
Emilia. Eso no...
Clara. Y luego
este perillan se arrima
demasiado; y yo sospecho...
Emilia. Oh! lo que es él... ha servido
á Luis... y de tal maestro
tal discípulo.
Clara. Qué tema
(*Examinando las compras que ha puesto en el velador.*)
le tienes!
Emilia. Ya lo estás viendo.
Y el hombre de esta mañana?
Verás cómo vuelve!
Clara. Bueno:
que vuelva.
Emilia. A darme otro susto?

Clara. Eso no: mira qué presto
mudó de estilo.

Emilia. Verás
cómo pervierte de nuevo
á Luis.

Clara. Qué afan de anunciarme!...
Si yo creyera en agüeros! —
Por fortuna, Luis se encarga
de desmentirte con hechos;
y hoy mismo tengo una prueba...
Sin duda con el objeto
de desenfadarme, el pobre...

Emilia. Cuál es, dime.

Clara. Es un misterio.

Emilia. A propósito. — Querrás
esplicarme qué fue aquello
que te dijo el tirolés
al oido, que al momento
te hizo dejar los pendientes
que ibas á llevar? — Has hecho
mal.

Clara. Es verdad.

Emilia. Tan baratos!...

Clara. Mucho!

Emilia. Y de un gusto tan nuevo!
Y no tenia otro par.

Clara. Pues esta noche has de verlos...

Emilia. Dónde?

Clara. Aqui. (*Indicando sus orejas.*)

Emilia. Qué dices! Cómo?

Clara. Para que vayas perdiendo
la mala opinion que tienes
de Luis, te diré el secreto
del tirolés. Como somos
parroquianos hace tiempo,
me dijo aparte: señora,
no los lleve ested. — Le advierto
(en confianza) que ha estado
aqui hace pocos momentos
el señor don Luis en busca
de unos pendientes, que luego
dijo que recogeria;

y yo al punto, conociendo
que sería un regalito
para usted, le iba á dar estos,
que acabo de recibir.

Emilia. Hola!...

Clara. Te vas convenciendo?

Emilia. Vamos!...

Clara. Yo voy á dejar
que él me sorprenda primero;
y en seguida le doy...

(*Abriendo una cajita en que hay una sortija.*)

Emilia. Ya!
yo no acertaba...—Por eso
has comprado esta sortija. (*Mirándola.*)
Qué linda!

Clara. Y de poco precio.

Emilia. No he visto ninguna!...

Clara. Ayer
dice que las recibieron.

Emilia. Y otra igual le queda allí.

Clara. No hay mas que las dos.

Emilia. Por cierto,
Clara...

Clara. Qué?

Emilia. Se me han pasado
unos deseos...

Clara. Deseos
de qué?

Emilia. Me da cortedad.

Clara. Vamos, habla. El camafeo
aquel?...

Emilia. No.

Clara. El devocionario
con forro de terciopelo
y los adornos de plata?

Emilia. No.—La otra sortija...

Clara. Pero,
Emilia, no ves que son
para hombre?

Emilia. Pues por eso.

Clara. Cómo!

Emilia. Vamos; que me pongo

colorada!

Clara. Ya comprendo.
Estás loca?

Emilia. Por qué?

Clara. Pues;
para Antoñito!

Emilia. Y no veo...

Clara. Calla!

Emilia. Pues qué tiene?...

Clara. Tiene,
y mucho.

Emilia. Ya! Si queremos
interpretar, como Luis...
hasta lo mas... Mira: tengo
que corresponder tambien...
Vamos, te diré un secreto,
en pago de ese que tú
me has revelado. — Ves esto?

Clara. Hola!... un brazalete.

Emilia. Sí.

Clara. Cómo has sabido esconderlo!...

Emilia. Pues él me le dió en memoria,
llorando de sentimiento...
Qué bonito es! — Cuando tú
te casaste, conociendo
que ya con la nueva vida
no sería facil vernos. —
Con que es preciso que yo...

Clara. No, Emilia. — Yo no exagero
las cosas: ya me conoces.
El brazalete... no hay riesgo
en que tú le hayas tomado;
pero en esto sí: es muy feo
en una niña el hacer
regalos á un muchachuelo
con quien no ha mediado nada
formal, dándole derecho
á jactarse...

Emilia. Él no es capaz...
Y aqui no hay malicia.

Clara. Pero
como al mundo no le consta,

juzgará de muy diverso
modo.

Emilia. La que es buena...

Clara. Debe
ademas...

Emilia. Qué?

Clara. Parecerlo.

Emilia. El mundo!...

Clara. Ven á quitarte (*Llamando.*)
la mantilla; mediremos
ese lienzo, mientras Luis
viene.

ESCENA VII.

DICHAS. RAMON.

Ramon. Señora?

Clara. Trae eso
á mi cuarto... (*Se van.*)

ESCENA VIII.

RAMON. *Luego* DON LUIS.

Ramon. (*Recogiendo las compras.*) Me pilló.
Ha olido mi trapicheo
amoroso... (*Llevándoselas.*)

Luis. Adónde vas?

Ramon. A llevar esto allá adentro.

Luis. Y qué es eso? A ver, á ver.

Ramon. Yo no sé. Compras que ha hecho
la señora...

Luis. (*Mirando las compras.*) Ya ha venido?

Ramon. Ahi está.

Luis. Medias... pañuelos...
Y esta cajita encarnada? (*La abre.*)
(Una sortija!...—Probemos.—
(*Se la prueba.*)
Hola!... Pues no es para ella.
Me viene á mí.—Es para dedo
de hombre.—No hay duda.—Dios mio!...
Para quién será?)

Ramon. Lo llevo?

Luis. (No se me despintará.)
Sí, llévalo; y vuelve presto.

Ramon. (Se ha quedado pensativo.) (*Se va.*)

ESCENA IX.

DON LUIS.

Será para mí? — No creo
que esté de humor de regalos.
Porque ella, con el suceso
de esta mañana, noté,
á pesar de sus esfuerzos,
que se fue muy enfadada
conmigo. Tendrá hoy un gesto!... —
De fijo: no es para mí. —
En fin, calma, y vamos viendo.
Lo primero es no ofuscarme.
El plan que traigo dispuesto
es el mejor: la criada
ha de saber... Yo me acuerdo
de que en todas mis intrigas
siempre eran ellas... — Por medio
de Ramon veré si logro
saber con maña.... — No tengo
necesidad de nombrar
á mi muger: nada de eso.
Decir á un criado... No! —
Con averiguar si es cierto
que hay amores entre Emilia
y Antoñito, voy derecho
á sacar la consecuencia
precisa. — El es listo. Y luego...
dádivas quebrantan peñas! —
Oh! Como haya algo, lo pesco.

ESCENA X.

DON LUIS. RAMON.

Luis. Lo llevaste?

Ramon. Lo llevé.
Luis. Y qué ha dicho?
Ramon. Regañar,
porque he tardado en entrar.
Y yo le he dicho que usté
al mismo tiempo llegó...
Luis. Y entonces?...
Ramon. Me ha preguntado
si habia usted registrado
el envoltorio...
Luis. (Hola!)
Ramon. Y yo...
le he dicho... que no.
Luis. Bien hecho!
Ramon. Buscó esa caja encarnada...
Luis. Y qué hizo con ella?
Ramon. Nada:
la guardó...
Luis. Dónde?
Ramon. En el pecho.
Luis. (Ahi es donde guardan ellas...)
Tú lo llevarias todo
revuelto, de cualquier modo...
Ramon. No tal.
Luis. Siempre te atropellas! —
Vamos; si he de hacer tu suerte,
vida nueva: ya es razon
olvidar... Quiero, Ramon,
que trates de establecerte.
Haz lo que yo. No conoces
alguna?... Ahi está Benita,
muchacha honrada, bonita...
Oh! no sabes tú los goces!...
Ramon. Sí señor! (Saquemos raja
por este lado tambien.)
Luis. Y ella?
Ramon. Como ve mi tren...
Ella quisiera andar maja...
Luis. Háblala: dila que vas
con buen fin...
Ramon. Eso es seguro!
Luis. Que tu cariño es muy puro...

Ramon. Por supuesto!

Luis. Y lo demas
corre de mi cuenta.

Ramon. El qué? (*Escamado.*)

Luis. Que haya algunos regalillos...

Ramon. (Comamos á dos carrillos.)
Eso siempre... Ya se ve!...
Muchas gracias!... (Calla, calla!
Don Juan me mandó observar...
Si la querrá conquistar...
y seré yo la pantalla!)

Luis. En fin, á ver si consiente...

Ramon. (A Dios, majuelos de Arganda!)

Luis. Y cuando la tengas blanda,
le has de decir que te cuente...

Ramon. Qué?

Luis. Yo tengo una familia
á mi cargo: soy su gefe;
y eso de que un mequetrefe
engañe á la pobre Emilia...

Ramon. A la señorita?

Luis. Pues.
Yo tengo acá mi recelo
de que cierto jovenzuelo
la anda rondando... y ya ves!
Tan niña, tan candorosa!...
Ay, Ramon! me hace temblar.
Con cien ojos hay que estar!

Ramon. (Ya entiendo! esto es otra cosa!)

Luis. Pregúntale tú... Averigua
con maña, si ese mocito,
que ha de llamarse... Antoñito,
era ya visita antigua:
si le vió dar á entender
que á la muchacha queria,
y si ella correspondia...
Eso lo debe saber.
Hoy mismo quiere ese tonto
venir aqui, y es preciso
que yo viva sobre aviso...
Con que, Ramon, hazlo pronto!

Ramon. Por mi parte...

Luis. Sí, por Dios!
Ramon. (No hay duda: es la cuñadita.)
Luis. Sonsaca bien á Benita.
Ramon. (Calla! si querrá á las dos!)
Luis. Y por ahora, Ramon,
en prueba de tu terneza,
como cosa tuya, empieza
por hacerle esta espresion.
(*Sacando una caja con pendientes.*)
Ramon. Y qué es esto?
Luis. Unos pendientes...
Ramon. Qué bonitos!
Luis. Muy sencillos.
Di que con tus ahorrillos...
Ramon. Ya estoy.
Luis. Y á nadie le cuentes!...
Ramon. Qué he de contar!
Luis. Bien: pues anda,
á ver si hoy mismo...
Ramon. Allá voy.
Luis. Vete, que vienen.
Ramon. (Ya soy
el cosechero de Arganda!)

ESCENA XI.

DON LUIS. *Luego* CLARA.

Luis. Mi muger. -- Seamos prudentes.
Bonita cara traerá
con el lance de hoy!
Clara. (*Saliendo.*) (Qué hará,
que no me trae los pendientes?)
(*Llégase á él con aire festivo, y le toma cariñosamente del brazo.*)
Un buen marido, al volver
á su casa, lo primero
que debe hacer, caballero,
es buscar á su muger
y darla un abrazo; estamos?
Luis. (Qué cariño intempestivo
es este? Yo no concibo...)

Clara. Que estoy esperando, vamos!
Ese abrazo.
Luis. (*La abraza.*) (Es singular!)
Clara. Y nada mas?...
Luis. (Qué mas quiere?)
Clara. (Cuando trae algo, se muere
por hacerlo desear!) --
Por dónde has andado, di?
Luis. Por las calles... sin objeto...
He encontrado á aquel sugeto.
Clara. A quién?
Luis. A Antoñito.
Clara. Ah!...
Luis. Sí.
Clara. Y de mí, te has acordado?
Luis. (Muda de conversacion!)
Clara. (Cómo se hace el remolon!)
Luis. Y tú, dime, qué has comprado?
Clara. Yo? (*Tentándole los bolsillos con disimulo, y fingiendo que le acaricia y le compone la corbata y el chaleco.*)
Luis. Sí.
Clara. (Dónde los tendrá?)
Con ver tanta baratija...
Luis. (Si irá á darme la sortija!)
Clara. Nada al fin.
Luis. (No me la da.
Si ahora yo se la sacara
del pecho!...)
Clara. (Aqui no los tiene.)
Luis. (Pero no, no me conviene.)
Clara. Poco has pensado en tu Clara.
Yo, como nunca me olvido
de mi Luis...
Luis. (Qué soboncita! --
Lo mismo estaba Rosita
con aquel pobre marido!)
Clara. Fuí á una tienda á buscar
una holanda muy barata;
y he comprado otra corbata
que te quiero regalar.
Luis. Hola! otra corbata, eh?

Te lo estimo.--Pero, Clara,
estraño verte esa cara
tan alegre, y tan...

Clara. Por qué?

Luis. Por la escena que ese tonto
de Juan...

Clara. Sí: me incomodó.
Pero ya sabes que yo
me desenfado muy pronto.
Y como tú no has tenido
la culpa... En fin; no fue nada.--
Y luego, di, quién se enfada
con tan amable marido?
Y hoy que va á darla á su esposa
el pobre una prueba mas...

Luis. (Ya te entiendo.) Lo dirás
porque te traigo...

Clara. (*Con viveza.*) Qué cosa?

Luis. A Antoñito?

Clara. (*Picada.*) Sí: eso es.
(Pues no me los da. Qué aguarda?)

Luis. (Qué tal! --Merezco una albarda!)

Clara. (Pues aunque los tenga un mes...)

Luis. (Paciencia!) Le he dado cita..:
(Infame!) y vendré con él...
(Estoy haciendo el papel
del marido de Rosita!)

ESCENA XII.

DON LUIS. CLARA. BENITA.

Benita. La sopa.

Clara. Vamos allá.

Luis. (Disimulo, hasta saber...)

Clara. Vamos, Luisito, á comer?

Luis. Vamos.

Clara. (Caviloso está!)

ESCENA XIII.

DON LUIS. CLARA. BENITA. EMILIA.

Emilia. Clara, la sopa se enfria.
Clara. Te hallo triste, Luis. (*Tomándole el brazo.*)
Luis. No tal.
Tú sí que estás hoy jovial!
Clara. Te pesa?
Luis. No, vida mia!

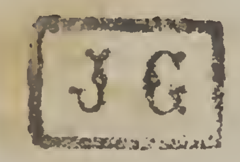
ESCENA XIV.

EMILIA. BENITA.

(*Emilia detiene á Benita, que se iba con sus amos.*)

Emilia. Ven, escucha.
Benita. Señorita,
que van hácia el comedor.
Emilia. Me vas á hacer un favor!
Benita. Pero...
Emilia. Un momento, Benita!
Benita. Pronto.
Emilia. Despues que comamos,
haces una escapatoria...
Benita. Eso es! tendremos historia:
me regañarán los amos.
Emilia. Anda!...
Benita. Y luego la señora,
si huele que salgo asi,
á quien reñirá es á mí...
Emilia. Yo seré tu defensora.
Benita. Siempre con el papelito!...
Cásese usted!
Emilia. Ya verás
cómo no te envio mas:
va á venir aqui Antoñito.
Benita. Me alegro!
Emilia. Con que despues
irás, sí?
Benita. Dónde?

Emilia. Cerquita:
á esa tienda tan bonita
de ahi enfrente...
Benita. Al tirolés?
Emilia. Sí: que te dé una sortija
igual á otra que mi hermana
ha llevado esta mañana.
Benita. Quiere usted que yo la elija?
Emilia. Si no hay mas que una!
Benita. Ya estoy.
Emilia. (*Dándola dinero.*)
Toma. -- (Yo se la regalo.
Por qué ha de ser esto malo?)
Benita. Que nos llaman!
Emilia. Allá voy.



FIN DEL ACTO SEGUNDO.





Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

CLARA. EMILIA.

(*Es de noche.—Estan sentadas á un velador tomando café.*)

Emilia. Y cuándo lo va á traer?
Clara. Ahora mismo.
Emilia. Ay!
Clara. Qué te pasa?
Emilia. Me lo has dicho tan de pronto!
Por poco vierto la taza
de café.
Clara. No es para menos
el susto! Que viene á casa
Antoñito! Vea usted!—
No te dije esta mañana
que iba á hacer que lo trajeran?
Emilia. Es verdad; pero ignoraba
que fuese ahora mismo.
Clara. Luis
le dijo que le esperara
en el café, y allá ha ido
á buscarle.
Emilia. Estoy en ascuas!
Lo va á conocer!
Clara. No temas.

Emilia. Tú no le habrás dicho?...
Clara. Nada.
Emilia. No importa; en sintiendo pasos,
me meto en mi cuarto.
Clara. Vaya,
déjate de tonterías.
Y á ver si desde hoy se acaba
el seguirnos por las calles,
y andar haciendo esas farsas.
Ya viene aquí: con que...
Emilia. Bien.
Clara. Díselo tú.
Emilia. Bien.
Clara. (Se cansan
de amores antes de un mes.)
Emilia. A nosotros ya nos basta
con vernos este ratito
por las noches.—Dime, Clara,
y se irá Luis al teatro?
Clara. Sí.
Emilia. Como hoy le dé la gana
de quedarse, nos divierte.
Yo me pongo á veinte varas
de Antoñito, y ni le miro.
Pero irá. Si él nunca falta
al teatro; no es verdad?
Clara. Nunca.
Emilia. A las siete se marcha,
y hasta las doce... Cinco horas!
Clara. Cinco horas. (*Cavilosa.*)
Emilia. Cinco horas diarias
para vernos.—Lo demas
del dia pronto se pasa.
Y ya me ha de parecer
mas corto con la esperanza
de que ha de llegar la noche!...
Clara. (Cinco horas!...)
Emilia. Qué piensas?
Clara. Nada.
Emilia. Ah!—No me has dicho... te dió
los pendientes?
Clara. No.

Emilia. A qué aguarda?
Clara. No sé: se le olvidaría...
(No quiero que Emilia caiga
en sospechas.) Tú tampoco
le digas una palabra...
Emilia. Yo no.
Clara. Quizá me reserva
alguna sorpresa...
Emilia. Calla!
Pudiera ser.
Clara. Sí? — Por qué?
Emilia. Porque desde esta mañana
se me figura que está...
asi... yo no sé... con cara
de distraido...
Clara. No.
Emilia. Apenas
comimos, se fue con tanta
prisa...
Clara. Le estaba esperando
Antoñito.
Emilia. Y cómo tardan!
Clara. (Esos pendientes!... No sé. --
No decirme una palabra
siquiera... Y eso que yo
bien le daba pie...)
Emilia. Ay! qué ansia
se siente cuando se espera!
Clara. (No sé: no sé. -- Estoy tentada
por ir... Los tendrá en su cuarto,
en algun cajon...) (*Se levanta y llama.*)
Emilia. Te marchas?
Clara. No. (Le voy á dar un chasco.
Se los quito, y cuando vaya
á buscarlos, en lugar
de los pendientes, se halla
con la sortija.)

ESCENA II.

CLARA. EMILIA. RAMON.

Ramon. Señora?

Clara. Di á Benita que me traiga
una luz.
Ramon. Yo la traeré.
Clara. No: Benita.
Ramon. No está en casa.
Clara. Cómo es eso? -- Dónde ha ido?
Ramon. No sé, señora.
Emilia. (Es desgracia!)
Clara. Otra tenemos! -- No he dicho
cien veces que nadie salga
sin decírmelo?
Emilia. (Ay, Dios mio!
debo estar muy colorada! --
Pobre Benita!) Quizá...
de repente...
Clara. Una muchacha
sola, de noche!... Tendré
al fin que enviarla á Arganda
con su padre, antes que aqui...
Emilia. Habrá ido cerca...
Clara. Que vaya
cerca ó lejos, nunca sale
sin licencia una criada.
Y va de muchas.
Ramon. (Y el amo
tambien se marchó. -- Caramba!
Será cosa de que yo
esté empleando mi labia
para él?)
Clara. Y tú, no sabes?...
Ramon. No sé...
Clara. Tú no sabes nada! --
Trae una luz.

ESCENA III.

CLARA. EMILIA.

Emilia. No te enfades.
Antes nunca te enfadabas
asi. Has echado mal genio!
Clara. Es que antes era una malva
Benita; y ahora...

Emilia. No.
En fin, dame tú palabra
de no reñirla, y...
Clara. Me gusta!...
Emilia. Y yo me encargo de echarla
una peluca.
Clara. Tú?... Buena
peluca! -- Tú la das alas
con tus disculpas...
Emilia. Ya ves;
criada desde la infancia
con ella... La quiero mucho.
Pero esta vez no me ablanda.
Y si me dejas, te ofrezco
averiguar qué escapadas
son estas, y que no vuelva
nunca mas...
Clara. Bien está: calla.

ESCENA IV.

DICHAS. RAMON, *con una luz.*

Ramon. Aqui está ya...
Clara. Dame.
Ramon. Alumbro?
Clara. No: dame. —(Si los hallara!
Y la sortija? — Aqui va.) —
(*Toma la luz, y entra en el cuarto de don Luis.*)

ESCENA V.

EMILIA. RAMON.

Emilia. (He escapado en una tabla!)
Ramon. (Se va al cuarto de mi amo!...
Y no ha querido que vaya
con la luz!... Pues qué irá á hacer? —
Miraré por la ventana
que da al pasillo.)

ESCENA VI.

EMILIA.

No ha sido
poca dicha! — Por mi causa
iba á sufrir otra riña
la pobre! — Pero es cachaza
la suya! Para una cosa
que en dos brincos se despacha,
tanto tardar! — Por fortuna,
ya no llevará mas cartas
á Antoñito... — Ay!... siento pasos!...
Él sera!... — Y esa pesada
de Benita!... — Yo me escondo!...

ESCENA VII.

EMILIA. BENITA.

(*Benita viene vestida con esmero, aunque de mal gusto: trae la mantilla puesta.*)

Benita. Señorita?...
Emilia. Eres tú? — Gracias
á Dios!
Benita. Aqui tiene usted
la sortija.
Emilia. Buena calma (*Abriendo la caja.*)
tienes! Te han echado menos.
Benita. Ay, Jesus!
Emilia. Pero yo estaba
delante, y pude arreglarlo. —
Igualita! — A Dios.
Benita. Y el ama?
Emilia. Por allá adentro. — Me voy;
no me conozca en la cara...

ESCENA VIII.

BENITA.

Todo me sale á mí mal.

La señora nunca llama
á estas horas; y hoy...—Tampoco
he tardado tanto, vaya!
Yo no he hecho mas que alargarme
ahí donde está mi paisana
sirviendo... — Ya estaba yo
rabiando por enseñarla
mi regalo! — Qué dentera
la he dado! — Qué rabia! — Anda!

(*Se mira á un espejo, dando la espalda al cuarto de don Luis.*)

Estos sí que son pendientes
de lujo! no los que gasta
la pobre: de similor!...—
Cómo relucen! — Mañana
es domingo, y no me toca
salir! — Iria yo á casa
de la Gabina!... Mal año
para Judas! — Ay! qué alhaja
es Ramon! Ya tengo novio!
Y dice que el amo trata
de casarnos. Yo lo creo! —
Quién me tose á mí en Arganda
con este avio!...
(*Continúa mirándose al espejo.*)

ESCENA IX.

CLARA. BENITA.

(*Clara sale del cuarto de don Luis, con la luz.*)

Clara. (Es inútil.
Todo lo he revuelto, y nada:
no los tiene aqui. — Dios mio!
no sé qué pensar!...) — Muchacha!
(*Viendo á Benita.*)
Benita. (Ay!... El ama!... Me pilló!)
(*Se cierra la mantilla, de modo que no se ven los pendientes.*)
Clara. Dónde has ido?
Benita. Ahi cerca: á casa...

Clara. Á casa de quién?
Benita. Ahi cerca.
Clara. Dónde?
Benita. A ver á la Anastasia.
Clara. Y á estas horas!...—Calle! calle!
y tan emperegilada!...
Benita. Pues para qué quiere una
la ropa?
Clara. Pocas palabras!
Oiga! el arrapiezo!—Sí;
pues estoy yo bien templada!...
Y va de muchas.
Benita. Pues una
tiene...
Clara. No hay una que valga.
Benita. Suele tener...
Clara. Sin licencia,
nunca has de salir de casa.
Benita. Es que...
Clara. Calle usted!
Benita. A veces...
Clara. Oiga! hasta la nueva gracia
de ser respondona?
Benita. Pues
digo bien.
Clara. Jesus! qué alhaja
se ha vuelto la niña!
Benita. Toma!
Clara. Vete adentro. Y si no callas,
mañana mismo te planto
de patitas en Arganda.
Allá; á cuidar de las viñas.
Benita. Pues á mí no me hace falta
cuidar de las viñas.
Clara. Hola!
Benita. Y si ahora sirvo, mañana
puede que... No ha de ser una
toda su vida criada.
Clara. Vete!
Benita. Y no es una ningun
monstruo; que á nadie le falta...
Y puede que antes que muchos

lo piensen...

Clara. Qué dices?

Benita. Nada. (*Se va.*)

ESCENA X.

CLARA.

Qué quiere dar á entender?
Y qué tono, y qué bravatas!
Una chica tan humilde,
tan dócil; que nunca alzaba
los ojos del suelo!... Vamos,
no hay duda: ese buena maula
de Ramon la ha levantado
de cascos: seguro.—Vaya,
que Luis me hace conocer
una gentecita!... —Y gracias
que él no vuelva... (*Se sienta.*)
Esos pendientes
me hacen cavilar... Qué aguarda,
si son para mí? Por fuerza,
para mí son: él no trata
persona á quien deba hacer
ese obsequio... y si se hallara
en necesidad de hacerlo,
me lo diria... Es estraña
su conducta. Y hoy... es cierto
lo que decia mi hermana,
está distraido.—Dios
quiera que con la llegada
de ese calavera... Acaso
saldrian juntos, y... (*Se levanta.*)—Vaya,
estos maridos, no hay duda,
ofrecen muchas ventajas,
pero tambien es verdad
que á la menor circunstancia,
ya está una muger temblando
que vuelvan á las andadas.--
Dios mio! qué haria yo
para averiguar...

ESCENA XI.

CLARA. DON JUAN. RAMON.

(*Don Juan y Ramon asoman por el foro hablando, sin que al pronto los sienta Clara, que está sumergida en sus cavilaciones.*)

Juan. Me basta.
Y ella, quién es?
Ramon. Aun no estoy
seguro...
Juan. Y dices que Clara
le registra...
Ramon. Sí señor.
Juan. El campo es mio. — Pues anda;
y no olvides el toser...
Ramon. Descuide usted. — Esto marcha!

ESCENA XII.

CLARA. DON JUAN.

Juan. Si ofendida, con razon,
por aquel pasado lance,
me permite usted que alcance
un generoso perdon...
Clara. (Este lo debe saber!)
Juan. Sirva de merecimiento
este mismo atrevimiento,
que da, señora, á entender
el ansia con que lo imploro.
Clara. Algo es ya, señor don Juan,
que usted confiese el desman
que hizo agravio á mi decoro.
Juan. Pues bien: á esas plantas puesto,
ya que humilde he confesado...
Clara. No! no es justo á tal pecado
dar la absolucion tan presto.
Juan. Señora! — Cuando contrito
el penitente se postra,
y la humillacion arrostra

de confesar su delito,
no alcanza siempre merced
cuantas veces llega allí?—
Pues si Dios perdona así,
no ha de perdonar usted?

Clara. Al perdon que Dios envía
va unida una penitencia.

Juan. Ya espero con impaciencia
que usted me imponga la mia.

Clara. Muy grande tiene que ser!

Juan. No ha de parecerme grande.
A menos que usted me mande
no volverla mas á ver.

Clara. (Hola! Este viene con plan.)

Juan. Fuera precepto inhumano!...

Clara. No se canse usted en vano:
no es esa, señor don Juan.

Juan. Oh placer!—Si la sentencia
no es esa, ninguna habrá
que me cueste...

Clara. Basta ya:
oiga usted la penitencia.

Juan. Pronuncie usted.

Clara. Que en la vida,
sin una prueba formal,
vuelva usted á pensar mal
de toda muger nacida.

Juan. Señora!...

Clara. Y pues hizo Dios
que un sexo de otro dependa,
sea usted noble, y defienda
al mas débil de los dos.

Juan. A eso se reduce?

Clara. Sí.

Juan. Pues, señora, eso no es pena.

Clara. Por qué?

Juan. Porque me condena
á ser lo que siempre fuí.

Clara. Siempre fue usted?...

Juan. Sí señora:
el mas ciego defensor
de ese sexo encantador,

tan calumniado hasta ahora.

Clara. Vea usted! —Pues á juzgar
por el lance...

Juan. El lance de hoy
es la prueba de que soy
quien se ha llegado á formar
concepto tan elevado
de las mugeres...

Clara. No entiendo
de qué modo...

Juan. Conociendo
á Luis, y viendo á su lado
una muger... Digo mal: —
perdone usted mi franqueza:
un prodigio de belleza,
no pensé que á rostro tal
se uniese una alma tan pura;
porque cuando asi acontece,
qué hombre, y menos Luis, merece
gozar de tanta ventura?

Clara. La defensa es ingeniosa;
y ciertamente debia
por tanta galantería
manifestarme orgullosa;
pero yo en esta ocasion
ni la admito ni la creo.

Juan. Por qué?

Clara. Porque en ella veo
que es todo exageracion.
Usted quizá no ha advertido
que hace, al disculparse asi,
una adulacion á mí,
y una ofensa á mi marido.
Ni yo soy ese portento
celestial que usted pondera,
ni tampoco, aunque lo fuera,
creo yo que hay fundamento
para poder afirmar
que el pobre Luis no merece...

Juan. Quizá...

Clara. Digo... me parece...
(Este me lo va á contar.)

Juan. Pues ni adulo, ni exagero;
y usted muy pronto verá
que mi defecto es quizá
ser demasiado sincero.
Clara. Asi me gusta á mí un hombre!
Juan. Le gusta á usted?
Clara. Para amigo.
Juan. Ah! si yo de usted consigo
merecer solo ese nombre...
Clara. Poco á poco, caballero.
Usted me ha llamado diosa;
y una amistad tan preciosa
no se gana asi: primero
haga usted méritos.
Juan. Sí:
con la amistad me contento;
aunque es otro sentimiento
el que hay escondido áqui.
Clara. Para amiga soy muy buena.
Juan. Paciencia! ya que el destino
no me deja otro camino
que envidiar la dicha agena.
Clara. No es la dicha ciertamente
para que asi satisfaga.
Juan. Ay! Es dicha que no paga
el que su precio no siente.
Clara. Pues qué, Luis?...
Juan. Si la fortuna
me hubiera hecho poseer
tan peregrina muger,
no miraria á ninguna...
Clara. Pues qué, Luis?...
Juan. Usted sería
la reina de mis amores!...
Clara. (Dale con echarme flores!)
Pues Luis...
Juan. Qué muger podria
distraerme un solo instante
del solo objeto querido?...
Clara. Pues Luis...
Juan. Luis... es un marido;
y yo sería un amante.

Clara. Pero es un marido fiel!
Juan. Oh! sí. —Delante de gente
no querrá seguramente
que haga usted un mal papel.
Clara. Cómo? Pues qué... porque ignoro
la ofensa, ya no hay ofensa?
Asi en el mundo se piensa?
Juan. Quedando á salvo el decoro...
Clara. Pues qué, es justicia, es razon
que el marido nos provoque,
y si faltamos, invoque
las leyes de la opinion?
La opinion! con ellos blanda;
con nosotras siempre dura! —
Yo me exalto... Qué locura!...
Esto es tomar la demanda...
por mi sexo... en general...
Juan. Ya entiendo.
Clara. Lo que es á mí,
gracias á Dios, hasta aqui...
Pero nunca vendrá mal
que usted me diga... hace ya
tiempo que usted no le ve;
pero como siempre fue
su íntimo amigo, y quizá...
Juan. (Bien! Ya la veo venir!)
Clara. Le guarda el mismo interes...
Juan. Somos uña y carne...
Clara. Pues!
Y usted me podrá decir...
Yo sé que Luis, hasta el dia
en que me empezó á tratar,
no ha hecho mas que enamorar
á cuanta muger veía.
Y ahora... No porque me espante,
ni eso á mí me llegue al alma...
Jesus!... tengo yo una calma!...
Soy muger muy tolerante!
Pero, usted lo sabe, él tiene
esa fatal propension;
y una muger de razon,
si está advertida, previene

esas cosas, y aun las corta...
O al menos tiene el placer
de hacerle al marido ver
que lo sabe, y no le importa.
Con que, hable usted: es forzoso:
como amigo, desde ahora...

Juan. Aun no he ganado, señora,
ese título precioso!

Clara. Es verdad; mas de este modo...

Juan. Qué méritos he hecho yo
para conseguir?... No, no:
en usted es bondad todo.

Clara. Bien: mas cuando yo me digno
anticipar...

Juan. No lo acepto.
Usted me impuso un precepto:
fue muy justo: me resigno.

Clara. Suele una al pronto creer...
Pero si despues advierte...

Juan. Bondad! bondad!... De otra suerte,
cómo pudiera yo ser
elevado á tanta altura?
al colmo de mi esperanza!
á la íntima confianza
de tan perfecta hermosura!

Clara. Pues eso le empeña á usted...
(Qué terco!)

Juan. (Bien va el asedio!)

Clara. A ganar...

Juan. (La tengo en medio
de la espada y la pared.)
Yo la ganaré, lo juro!
que tengo constancia y fé:
yo algun dia ganaré
la amistad de un ser tan puro.
No me arredra el tiempo, no.

Clara. Algunos logran mas presto...
Hay simpatías...

Juan. Qué es esto?
Qué ha dicho usted?... Sueño yo!

Clara. Nada... Que si usted me aclara...

Juan. Es posible, oh Dios! — Yo he sido

tan feliz, que he conseguido,
en un dia, hermosa Clara,
el afecto, la amistad,
el cariño...

Clara. Poco á poco...
que no he dicho...

Juan. Yo estoy loco
de gozo... y de vanidad!

Clara. Amiga, sí...

Juan. Tierna amiga,
y yo un amigo sincero!

Clara. Bien; pero la prueba espero;
y ha de ser que usted me diga...

Juan. Cuanto se encierra en mi pecho!
Ya no hay nada oculto aquí
para usted. — Y usted á mí
me concederá el derecho
de exigir que entre los dos
no haya secretos?...

Clara. (Me quema!)
Bien: sí: basta. — Pero...

Juan. (Al tema.)

Clara. Lo que urge...

(*Ramon aparece á la puerta del foro, y tose.*)

Juan. (Maldita tos!)
Silencio! es él.
(*Con tono de inteligencia marcada.*)

Clara. (*Sorprendida del tono de don Juan.*)
Quién?

Juan. Luis.

Clara. Si?
Pues cómo?...

Juan. Ramon...

Clara. (Qué escucho!)

Juan. Él nos avisa: es muy ducho!

Clara. (Cielos! Yo no estoy en mí!)

Juan. Disimulo! — Ya tendremos

(*La indica una silla, donde ella maquinalmente se sienta, y la pone un libro en la mano, que ella toma del mismo modo.*)

ocasion... — Si usted me ayuda,
le haremos irse, no hay duda.

Y usted sabrá!... — Ya hablaremos.—

Clara. (Dios mio! esto es una cita!
y yo le he dado derecho... —
Estoy turbada. — Qué he hecho!... —
La curiosidad maldita!...)

Juan. (El asunto va vencido.
Ya entre los dos al presente
hay un secreto pendiente,
que ella oculta á su marido.)

ESCENA XIII.

DICHOS. DON LUIS. ANTOÑITO.

Luis. (*A Antoñito.*)
Entre usted. — Hola! Juan: tú
por esta casa!

Juan. Ahora mismo...
(*Atestiguando con Clara.*)

Clara. Sí.

Luis. (*A Clara.*) Aqui tienes... (Qué encarnada
se ha puesto!) á un amigo antiguo...

Clara. Quién es?

Luis. (*A Antoñito, que está retirado.*)
Acérquese usted.

(*Don Luis se coloca entre Clara y Antoñito, y observa á los dos.*)

Antonio. Yo, señora.

Clara. Hola! Antoñito!

Luis. (Qué frialdad!)

Clara. Celebro mucho...

Antonio. Gracias.

Juan. (Quién será este chico?)

Antonio. (Qué gesto! — Bien lo temí!
La hermana es el enemigo
mayor que tengo.) — Señora...
Este caballero quiso
con tanto empeño traerme...
no es verdad? que yo he cedido...

Luis. (Aun querrá que le agradezca...)

Clara. Ha hecho bien.

Luis. Siento infinito

que desde mi casamiento
no hayamos nunca tenido
el gusto de hallar á usted...

Antonio. A esta señora la he visto
alguna vez...

Luis. Ya!

Clara. (*En tono de burla.*) De lejos.

Luis. (Disculpa al canto!)

Juan. (Era amigo
de la casa!)

Luis. Pues señor,
desde hoy puede usted, lo mismo
que allá, visitar á Clara
cuando guste.—Ya me ha dicho
que es usted un jóven franco,
amable...

Antonio. De veras?

Luis. Digno
de estimacion...

Clara. Sí: me debe
tal concepto.

Antonio. Yo lo estimo,
señora, y le juro á usted
que á nada en el mundo aspiro
tanto, como á merecer
que forme usted ese juicio
de mí.—(Bien: por la peana
se adora al santo.)

Luis. (Es muy niño
para fingir.—Por Emilia
ni siquiera le ha ocurrido
preguntar.)

Clara. Ya debe usted
saber que desde el principio,
tanto Emilia como yo...

Luis. (Qué tal!—Ella abre el camino
para que mienta.)

Antonio. Ah! sí: Emilia...
Es verdad... le he merecido...
Pero usted, señora, usted!...

Luis. (No disimula: es novicio.)
Tiene usted razon: aqui

la persona que es preciso
adorar es esta alhaja!
Esto no es muger, amigo:
esto es un angel, un angel
que del cielo ha descendido
á hacer feliz á este pobre
mortal!... No es cierto, bien mio?...
(*Abrazando cariñosamente á Clara.*)
(Que rabie!... como rabiaba
yo, siempre que aquel marido
hacia fiestas á Rosa!)

Clara. Vamos, Luis, vamos: quietito:
no seas pesado.
(*Desasiéndose con sequedad.*)

Luis. (Es claro!
Delante de él...—Otro indicio!)
Qué es eso! Estás triste?

Clara. Hola!
Ahora es cuando yo te digo
como antes tú me dijiste:
Luis, qué acceso de cariño
es este?

Luis. Pues no estoy siempre
del mismo modo contigo?
Tú estás hoy... No sé qué tienes...
Ah! Ya caigo!—Juan, le has dicho
á Clara?... Has pedido ya
perdon?...

Juan. Venia á pedirlo;
pero á pesar de mis ruegos,
aun no habia conseguido
aplacar su justo enojo,
cuando llegaste, y...

Luis. Pues, hijo,
á ver cómo te compones.
Si no te indulta...

Juan. Yo abrigo
la lisonjera esperanza
de que asi que me haya oido
todo lo que iba á decir
cuando vino á interrumpirnos
tu llegada, lograré

el perdon que solicito.

Clara. Si usted lo cumple...

Juan. Señora,
ya vió usted que iba á decirlo...

Luis. Pues vamos, empieza; y yo
seré juez.

Juan. No: ahora...

Luis. Has visto
la humildad con que lo pide?
Vamos, Clarita! Yo fio
en que por mi intercesion...
Ven acá, Juan. — Antoñito,
venga usted á presenciar...
(Voy á darle otro martirio!)
Ea, en muestra de perdon,
dale la mano.

Clara. Luis!

Juan. (Fijos
son los toros.)
(*Alargando la suya con humildad.*)

Luis. Te lo ruego.

Clara. Pero, hombre!...

Antonio. (Pues el marido
es mas amable!)

Luis. Clarita!
vamos!...

Clara. (Todos son lo mismo!)
(*Le da la mano.*)

Luis. Eso es! —

Clara. (El hombre de mundo!)

Luis. (Lo que ella se ha resistido!)

Juan. (Este momento, señora!...) (*Ap. á Clara.*)

Clara. (Calle usted!) (*Ap. á don Juan.*)

Luis. (*A Antoñito.*) Ya son amigos:
lo está usted viendo? — (Si Juan
supiera que me ha servido
de instrumento!...)

Antonio. Oh! en viendo hacer
unas paces, me electrizo!

Clara. Pero Emilia, dónde está?
(*A don Luis.*)
Dile que venga: Antoñito

querrá verla.

Antonio. Sí señora.

Luis. (*Llamando.*)
Emilia! —(Si me desvío
de aqui, le da la sortija
en mis barbas, como hizo
aquella...)

ESCENA XIV.

DICHOS. EMILIA.

Emilia. Llamas?... —Ay Dios!...
(*Se sorprende viendo gente estraña.*)

Clara. Ven; que hay aqui un conocido.
No te acuerdas?

Emilia. Sí... El señor...
(*Se saludan con empacho.*)

Antonio. Señorita... yo... (Ay! qué brincos
me da el corazon!)

(*Emilia hace señas á Antoñito de que no la mire, y hable con Clara.*)

Luis. (Albricias!
que ha mostrado regocijo
al verla. --Si habré yo estado
sospechando sin motivo?...)

Emilia. (No me entiende! --Háblale tú.) (*A Clara.*)

Antonio. (Me hace señas. --No adivino...)

Luis. (Pobre Clara!)

(*Don Luis, como arrepentido de sus sospechas, va á acariciar á Clara, la cual le rechaza.*)

Clara. Quita, quita.
(*A Antoñito.*)
Con que, sepamos, qué ha sido
de usted en todo este tiempo?

(*Clara y Antoñito hablan. Don Luis empieza á escamarse de nuevo.*)

Antonio. Señora, yo...

Juan. (Si consigo
despertar en Luis sospechas
por otro lado, me libro
de que las conciba acaso

de mí. -- Con este chiquillo
que la visitaba, y tiene
facha...

(*Clara se acerca á Antoñito, se sientan y siguen hablando. -- Emilia se sienta mas distante, y afecta no atender á nada -- Don Juan toma á don Luis del brazo, y se pasea con él. -- Antoñito en la escena muda, se vuelve alguna vez á hablar á Emilia; pero esta lo evita siempre, haciéndole señas de que hable con su hermana.*)

Antonio. No tengo mas vicio.
Eso sí, todas las noches
al teatro.

Clara. No ha perdido
usted aquella aficion...

Juan. Di: quién es ese mocito?

Luis. Ese?... Un jóven... que iba á casa
de Clara.

Juan. Parece listo.

Luis. Hombre, no!

Juan. Si tal. Asi,
con ese aire de doctrino,
se le conoce...

Luis. De veras?

Juan. Ya sabes que yo los pillo
al vuelo.

Luis. Es verdad... Lo que es
socarron...

Juan. Vaya!... Ese niño...
Le he estado observando...

Luis. Y qué?

Juan. Con el tiempo...

Luis. (*Recordando.*) Ah! si es el mismo
de quien te hablé esta mañana.

Juan. Cuál?

Luis. El que anda haciendo guiños...

Juan. A quién?

Luis. Cómo á quién? A Emilia.

Juan. Sí? -- Nunca lo hubiera dicho.

Luis. Por qué no?

Juan. Tú estás seguro?

Luis. Yo... seguro... sí.

Juan. Te digo
que no puede ser.
Luis. Por qué?
Juan. Porque eso, á un hombre corrido
como yo, no se le escapa. --
Y me alegro; porque, chico,
la verdad... estoy haciendo
reflexiones... y me inclino
á tu cuñadita. -- Al fin,
con todos mis aforismos,
creo que caigo. Hay en ella
una gracia, un atractivo!...
Y sería chasco... -- Pero
no: si desde que ha salido
no he dejado de mirarla...
Luis. Y á él?
Juan. Tambien. -- Nada; ni indicios
siquiera... Me impongo yo
con una mirada... Y digo,
á esa edad! -- Vamos, lo que es
entre Emilia y él... de fijo,
no hay nada.
Luis. Entre Emilia y él
crees tú que no...
Emilia. (Qué fastidio!
No se van.)
Luis. (Será posible!
Y como Juan está frio,
observa con mas acierto
que yo... -- No hay mayor martirio
que la duda! -- En el café,
cuando los dos nos pusimos
á beber, me pareció
notar entre los amigos
risitas y cuchicheos...
Dios mio! Estaré en ridículo?
Iré yo por esas calles
como iba el pobre marido
de Rosita?...)
(*Un reloj de sobremesa da las ocho.*)
Emilia. Son las ocho.
Antonio. Sí? Pues lo que es hoy, prescindo

del teatro, por el gusto...
Esto es, si no han decidido
ustedes salir...

Clara. No tal:
nosotras nunca salimos
de noche. Quien va al teatro
diariamente es mi marido.

Antonio. Pues ya es hora.--Y hoy estrenan
un drama...

Luis. Sí: ya lo he visto
anunciado. Y siento mucho
perderlo. Por un descuido
de Ramon... Fue tarde, y ya
no halló billetes.

Emilia. (Dios mio!)

Antonio. No lo deje usted por eso:
justamente... en el bolsillo
traigo mi luneta...
(*Saca un billete, y se lo ofrece.*)

Luis. No
se prive usted...

Antonio. No me privo
de nada... No piense usted
que hago ningun sacrificio...

Luis. (Lo creo!)

Antonio Tómela usted.
Yo no he de ir. Determino
pasar la noche en la amable
compañía...

Luis. (Pues no es pillo
que digamos!)

Antonio. Tome usted.

Luis. Ya es tarde...

Antonio. No: si al principio
hay sinfonía... Es un drama
precioso!--Yo le he leido.--
No lo pierda usted. Es obra
de un muchacho, amigo mio.
Tiene doce cuadros.

Luis. (Sopla!)

Antonio. Y qué versos tan bonitos!...

Juan. Oh! pues no debes perderlo.

Luis. Si ya...

Juan. Llegas en dos brincos:
está aqui al lado.

Clara. Sí, Luis:
vete. Qué has de hacer metido
en casa?...

Luis. (Estoy sofocado!)

Juan. Anda, hombre!... (*Le da el sombrero.*)

Clara. Anda.

Luis. (No hay arbitrio!)

Antonio. (*Le pone la luneta en la mano.*)
Vaya usted.

Luis. (Irme yo ahora...
y echado por Antoñito!)

Juan. (*Aparte á don Luis.*)
Vete; que quiero entablar
con Emilia...

Luis. Pues te exijo
que hasta que vuelva, has de estarte
aqui.

Juan. Si me dan permiso
estas señoras...

Emilia. (A Dios!)

Clara. Bien. (*Con empacho.*)

Luis. (La incomoda el testigo!)
Sí: acompaña á mi muger.
(Estando Juan, no hay peligro.)

Juan. Pierde cuidado.

Luis. Ea, pues;
hasta luego.

Clara. (Es mucho tino!)

Antonio. Que usted se divierta.

Luis. Gracias. —
Háblala de lo que has visto (*A don Juan.*)
en Francia... En fin, entretenla. (*Se va.*)

Juan. Bien. -- (Cómo allana el camino,
cuando á sí propio se pone
en ridículo un marido!)

ESCENA XV.

DON JUAN. CLARA. ANTOÑITO. EMILIA.

Clara. (*A Antoñito.*)
Y usted se priva de ver
esa comedia?...
Juan. Quizá,
señora, no faltará
quien lo sepa agradecer.
Emilia. (Ya lo conoció.)
Clara. (*Se levanta, y se acerca á un velador que hay en el otro estremo del teatro: allí se pone á hojear un libro.*)
(Está visto:
Luis se lo confia todo.)
Juan. (*A Antoñito.*)
Oh! y usted lo ha hecho de un modo!...
Bien: con arte! -- Es usted listo!
Antonio. Usted sabe?... (*Va á levantarse.*)
Juan. (*Haciéndole sentarse.*) Quieto, quieto.
Me declaro protector
de tan inocente amor.
Yo sé guardar un secreto. --
Y estos méritos, señora, (*A Emilia.*)
bastan á que usted perdone
aquella ofensa?...
Clara. (Se pone
á hablar con Emilia ahora!)
Emilia. Y usted de dónde ha sacado?...
Juan. El amor, sabe ocultarse?—
Pueden ustedes hablarse,
sin tener ningun cuidado,
mientras yo entretengo á Clara. —
Gozad, felices amantes!
Disfrutad de estos instantes
que la fortuna os depara!
(Qué bonita!)
Clara. (Se extasia
con ella! —Estoy impaciente!)
Juan. Y si acaso viene gente,
yo aviso: usted se desvia

y obedece al menor gesto...
Déjese usted gobernar,
jóven incauto.

Clara. (Qué hablar!)
Señor don Juan?

Juan. (Bueno es esto:
que me llama.)

Clara. Usted que ha estado
en París... Es tan hermosa
la Magdalena famosa,
como muestra este grabado?

Juan. Sí señora: exactamente.
Hola! vistas de París! — (*Se sienta al lado de Clara, y siguen hablando.*)

Emilia. Se lo va á contar á Luis!

Antonio. No importa: que se lo cuente.
Yo no puedo resolverme
á vivir de esta manera!
El que espera desespera.

Emilia. Te cansas ya de quererme?

Antonio. De quererte, vida mia!
Eso, jamas! — Pero sí
de no pasar junto á tí
todas las horas del dia.
Esto no es vida: esto es muerte! —
En fin, decidido estoy:
si me amas, desde hoy
une tu suerte á mi suerte.

Emilia. Qué dices?

Antonio. Prenda adorada!
Amor en el mundo es todo:
y amándonos de este modo,
qué necesitamos? Nada!
Seis años llevo: á los siete
soy abogado: hasta allá...
viviremos... Dios dirá!
Y en abriendo mi bufete...

Emilia. Vamos, vamos: ten paciencia...

Antonio. Qué! no te resuelves?

Emilia. — No.

Antonio. No amas tú como amo yo!...
no amas con esta vehemencia!...

Emilia. Mas que tú. Y porque amo así,
no quiero dar este paso;
y que luego llegue el caso
de verte infeliz por mí.
Yo te amo sin interes;
por amarte... — Disfrutemos
esta dicha; y no pensemos
en lo que será despues. —
Cuando esté aqui mi cuñado,
ó no me mires, ó vete.

Antonio. Por qué?

Emilia. Porque no interprete
de ese modo depravado
que suele, este puro amor
que él no conoce.

Antonio. Es tormento!
Nos vemos solo un momento;
y ha de haber siempre un temor!

Emilia. Y qué remedio? Es en vano
(*Saca la sortija.*)
desesperarse. — Oye aqui.
Para que pienses en mí...
Miran?

Antonio. No.

Emilia. (*Le pone la sortija.*) Dame la mano.
En los momentos de ausencia
consuélate con mirarla.

Antonio. Ah! te juro conservarla (*Besándola.*)
mientras dure mi existencia!
(*Siguen hablando.*)

Clara. Pero todo eso es muy vago. (*A don Juan.*)

Juan. Y qué quiere usted que diga?

Clara. Lo que se dice á una amiga:
sino, no me satisfago.
Luis se lo ha contado á usted.

Juan. Y qué amigo es el que abusa...

Clara. Bien! Muy bien!... Usted se escusa?...

Juan. (Voy á tenderla una red.)
Ay! ese enojo inhumano
me aterra; me desconcierta!...
Hará usted que me convierta
en el hombre mas villano!...

Clara. No señor, de ningun modo.
Juan. Bien: lo seré, lo seré.
Su secreto venderé.
Clara. No.
Juan. Sí; sépalo usted todo.
La engaña á usted.
Clara. (*Se levantan.*) Ay!! — De veras?
es de veras?
Juan. Sí señora! —
Quiere usted pillarlo ahora?
Clara. Cómo!... ahora?...
Juan. A las primeras
horas de la noche, sé
que se ven en cierto puesto. —
Una mantilla... un pretesto...
y yo la acompaño á usted.
Clara. Y ella, quién es?
Juan. (Qué le digo?)
Clara. Pronto!
Juan. (Salgamos del paso
con cualquier embuste: el caso
es que se venga conmigo.)
Va usted á saberlo ahora.
Clara. Quién es?
Juan. Es...
Clara. (Me desespera.)
Juan. Quien no merece siquiera
descalzar á usted, señora!
Clara. Eso mas!
Juan. Muger liviana!... --
Vamos pronto.
Clara. Sí.
Juan. (He vencido!)
(*Ramon se asoma al foro, y tose.*)
Clara. Cielos!
Juan. Él es!
Clara. Mi marido!
Juan. Disimule usted. -- Mañana... --
(*En voz alta, mirando el libro.*)
Qué hermosa vista! -- Antoñito?
Antonio. Mande usted?
Juan. Venga usted presto.

Mire usted!... mire usted esto!
Qué estampa! -- (Aqui quietecito.)

Antonio. (*Queda al lado de Clara, mirando las estampas.*)
Qué hermosa!

Clara. (A qué volverá?)

Juan. (*Se sienta al lado de Emilia.*)
Qué tal? Cumplo lo que ofrezco?
Si en recompensa merezco
que usted...

ESCENA XVI.

DICHOS. DON LUIS.

(*Don Luis al asomar por el foro, se detiene, ve á Antoñito al lado de Clara, y en un arranque de cólera tira el sombrero al suelo.*)

Luis. (A su lado está!)

Clara.
Emilia. } Ay!
Antonio.

Clara. Qué tienes?

Juan. Qué te ha dado?

Clara. Vienes malo?

Luis. Sí.

Clara. De qué?

Luis. De...

Clara. Siéntate. (*Le pone una silla.*)

Luis. Yo no sé.

Antonio. Yo sé lo que le ha pasado.

Luis. Oiga!...

Clara. (Será con la dama!)

Antonio. A que sí?

Juan. (Bien va el proyecto.)

Antonio. Le ha hecho demasiado efecto
el primer acto del drama.

Luis. (Se está burlando de mí?)

Antonio. Es tremenda aquella escena
en que el amante envenena...

Juan. Hombre! pues si empieza asi...

Clara. Quizá el calor... (*Con ironía.*)
Luis. Sí.
Clara. Se irrita
la sangre...
Luis. Sí.
Clara. Y la cabeza...
Luis. Sí! (*Mirándola, escamado.*)
Clara. Pobre! me da tristeza!...
Luis. (*A Clara, levantándose.*)
No me hagas caricias!... quita!
Clara. (Ay! es verdad!... Viene ciego.
Disimulemos.) Señores...
Juan. Sí: vámonos. -- Son vapores...
(*Toman los sombreros.*)
Clara. (*Llama.*)
Una luz. -- Con el sosiego...
Antonio. Que usted se alivie.
Luis. Agradezco...
(A ver si tiene...) Antoñito?
Antonio. Mande usted?
Luis. (*Alargándole la mano.*) Nada: repito
que esta casa...
Antonio. (*Haciendo cortesías.*) Y yo me ofrezco...
Clara. (No hay hombre que se corrija!)
Luis. Esa mano.
Antonio. Yo deseo... (*Le da la mano.*)

ESCENA XVII.

DICHOS. BENITA, *con una luz.*

Benita. Señora?
Clara. Alumbra... (Qué veo!...
Los pendientes!!...)
Luis. (La sortija!!)
(*Don Luis y Clara se lanzan una mirada de indignacion. -- Don Juan y Antoñito se despiden haciendo cortesías. -- Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.







Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA.

(*Está sentada al velador, esccribiendo.*)

«Mi hermana ha salido á misa:
«Vete hácia San Sebastian:
«te haces el encontradizo,
«y la acompañas acá.
«Nos veremos un instante
«con alguna libertad;
«porque tambien mi cuñado
«ha salido, y no vendrá
«hasta cosa de las once,
«que es la hora de almorzar.» —
(*Doblando el papel en muchos dobleces.*)
No dirá que no aprovecho
las ocasiones. — Si está,
como acostumbra, esperando
que me asome, en el umbral
del tirolés, se la echo
por el balcon. -- Voy allá.
(*Entrase por la izquierda.*)

ESCENA II.

DON LUIS. RAMON.

(*Salen por el foro.--Don Luis con capa y embozado, con el sombrero muy calado, y como recatándose.--Mientras habla, da la capa y el sombrero á Ramon, el cual los lleva dentro y vuelve luego á salir.*)

Luis. No hay duda: á la iglesia iba;
allí la dejo. Y por mas
que he mirado dentro y fuera,
yo no he visto al perillan
por allí.--Me vuelvo á casa,
porque ya se va á acabar
la misa, y no quiero que ella
sospeche que he ido detras.--
Allí queda de rodillas,
sin moverse, sin mirar
á ningun lado...--Dios mio!
Seré yo tan animal
que me esté martirizando
sin fundamento?--Ba, ba!
No he visto yo la sortija?
no la estoy viendo imitar
en todo aquellas astucias
de que fuí cómplice allá
en otro tiempo... y que tengo
tan presentes, por mi mal!--
Vive Dios, que estoy pagando
todo lo que he hecho pasar
á otros maridos. Parece
castigo providencial
el mio!--Aquellos recuerdos
siempre me han de atormentar
Cosa es de volverse loco!... (*Sale Ramon.*)
--Ramon?

Ramon. Señor?

Luis. Ven acá.--
Vamos, dime: has hecho aquello?

Ramon. Pues no ha visto usted brillar
en sus orejas...

Luis. Y, vamos,
ya viste anoche al galan,
que vino aqui de visita.
Ramon. A quién?
Luis. A Antoñito.
Ramon. Ah!
Luis. Emilia, estando yo aqui,
disimula... es natural.
Ramon. (Qué rodeos! A que piensa
que yo se lo he de contar
á su muger?)
Luis. Con que, dime,
dime: has sonsacado ya
á Benita...
Ramon. Sí señor!

ESCENA III.

DICHOS. EMILIA.

(*Emilia sale muy alegre, y se queda cortada al ver á don Luis.*)

Emilia. Ya va el pobrecillo...—Ay!
(Ya está aqui.—Qué pronto ha vuelto!
Se descompuso mi plan.)
Luis. Hola, Emilia.—(Mientras llega
Clara, quiero aprovechar...)
Emilia. (Si no ha doblado la esquina,
le haré señas...) (*Yéndose.*)
Luis. Dónde vas?
Ven aqui, querida Emilia.
Emilia. Iba...
Luis. Tenemos que hablar.
Emilia. (Ay, Dios mio!)
Luis. (*Ap. á Ramon.*) Vete ahora...
Ramon. (*Con malicia.*) Ya estoy!
Luis. Luego me dirás...
Ramon. (Cuanto mas tarde lo sepa...)
Luis. Ponte al balcon...
Ramon. Voy allá!
Luis. Oye: y en viendo que llega

la señora, sin tardar
me avisas. — Cuidado!

Ramon. Estoy! —
(Pues! lo dije. Anda detras
de la cuñada. En sabiendo
que Antoñito es su rival!...)

ESCENA IV.

DON LUIS. EMILIA.

Luis. (*Mirando el reloj.*)
(Ya no puede tardar Clara.)
Con que, Emilia, la verdad:
qué tal te fue anoche?

Emilia. Anoche?

Luis. Dime: estuvieron en paz
los rivales?

Emilia. Qué rivales?

Luis. Vamos!... Antoñito y Juan.
Quién ganó la palma?

Emilia. Nadie.

Luis. Vamos, ten franqueza!

Emilia. Hay tal
cosa! No digo que nadie?

Luis. Si Juan me ha dicho que está
muerto por tí.

Emilia. (Con mentira
quiere sacar la verdad.
Ya está fresco!)

Luis. No se estuvo
á tu lado, sin cesar
de hablarte en toda la noche?

Emilia. Sí.

Luis. Sí? — Con que sí?

Emilia. Sí tal.
(Él quiere engañarme; y yo
soy la que le va á engañar.)

Luis. Pues... Y Antoñito estaría
ciego... dado á barrabás!

Emilia. Qué disparate!

Luis. Pues cómo?

Emilia. Hombre, no te he dicho ya
que á mí, ni Antonio ni nadie
se me ha acercado jamas
á hablarme de amor?—Es mucho
empeño de sospechar!...

Luis. Con que no? Pues yo le hallé
alterado... es natural!
te hacia el otro el amor...

Emilia. Dale! qué habia de estar
alterado!—Alli se estuvo
(*Señalando el velador.*)
con mi hermana en santa paz...

Luis. Dónde?

Emilia. Alli... mirando estampas...

Luis. Estampas!...

Emilia. Pues: sin pensar
en el santo de mi nombre.

Luis. (Cierto: yo los vi!... No hay mas!
Infames! no cabe duda!)

Emilia. (Me ha querido sonsacar,
pero se ha llevado chasco.)

ESCENA V.

DICHOS. RAMON.

Ramon. Señor!... Señor!... Ahi está.

Luis. (Traidora!)

Ramon. Y viene...

Luis. Con quién?

Ramon. Con Antoñito! (*Con tristeza maliciosa.*)

Luis. (Qué tal!—
Digo!... y hace un cuarto de hora
que se ha debido acabar
la misa!—En un cuarto de hora!!...
—Bestia!... Si me estoy allá,
los sigo, y...)

Ramon. (No la conquista.
El chico la gusta mas.) (*Se va.*)

ESCENA VI.

DON LUIS. EMILIA. CLARA. ANTOÑITO.

(*Clara sale del brazo de Antoñito, el cual trae el devocionario en la mano.*)

Emilia. (Pues! ahi viene!)
Antonio. (Ya está en casa
el cuñado. Voto va!)
Señorita...—Caballero...
usted me ha de perdonar...
Al salir de misa, dió
la feliz casualidad
de que encontrase á Clarita;
y aunque no es hora de...
Luis. Ya!
Antonio. Como anoche quedó usted
indispuesto... mi ansiedad
por saber...
Luis. Gracias!
Antonio. (Qué cara!)
Luis. (Es situacion infernal
la de un marido!—Tenerlo
aqui... y no poderlo ahogar!)
Antonio. No está usted mejor?
Luis. Sí estoy.
Antonio. Ay! Pues si eso fue no mas
que con el acto primero,
si usted se queda... ya, ya!
Luis. (Me está chuleando!)
Antonio. Yo fui,
y aun alcancé la mitad.
Qué drama! qué versos tiene!
Hay una escena al final
del cuadro décimo, toda
en seguidillas, que está
versificada!... Pues digo,
y cuando van á quemar
los dos hereges... marido
y muger! y cada cual
dice, al subir á la hoguera,

un soneto?

Luis. (Este truan
se está burlando de mí,
y yo lo voy á matar!)

Clara. Lo que es el drama de anoche...
el que le hizo tanto mal
á Luis... tiene un desenlace...
que él no espera.

Luis. (Se dará
un descaro!... Yo estoy ciego!...
yo voy á escandalizar!)

Antonio. (Para no hablar, y ver malas
caras, me voy al portal
del tirolés, que allí al menos...
si se asoma...) En fin... (*Saludando.*)

Emilia. (Se va!)

Antonio. Señoras!... Señor don Luis!...

Luis. Abur!... (Me la has de pagar!)

ESCENA VII.

DON LUIS. CLARA. EMILIA.

Luis. Qué larga ha sido la misa!

Clara. Larga?—Pues yo... la verdad...
como tú eres tan casero...
creí que el tiempo que estás
en casa... aunque yo esté fuera...
no te debia pesar.

Luis. Habrás rezado...

Clara. No.—He ido
á una diligencia.

Luis. Cuál?

Clara. He ido á la agencia.

Luis. A la agencia!

Clara. A la agencia, sí: á encargar
criada.

Luis. Para qué?

Clara. Ven,
Emilia.—Ya lo sabrás.

ESCENA VIII.

DON LUIS.

Esto es hecho: no resisto.
Qué espero? qué hay que saber?
Todo cuanto puede ver
un marido, yo lo he visto.
Quizá no ha echado borron
en su honor; pero es el caso
que la que da el primer paso
ya demuestra la intencion.
Y en la lógica del mundo
pasa como verdadero,
que la que ha dado el primero
da sin remedio el segundo.
La deduccion será necia;
no importa; asi hay que juzgar;
y nadie puede apreciar
muger que el mundo no aprecia.—
Mato á ese hombre... Y qué se gana?
Evitar el riesgo de hoy.
Pero viene otro; y estoy
en igual riesgo mañana.
No hay remedio: una vez ya
la confianza perdida,
no se recobra en la vida.
Y pues á tiempo se está,
evitemos desde aqui,
evitemos ¡Dios piadoso!
el ridículo espantoso
que va á caer sobre mí!—
Pero antes de dar el paso...—
Ramon?—No me ha de quedar
escrúpulo: he de apurar
hasta las heces el vaso.

ESCENA IX.

DON LUIS. RAMON.

Ramon. Señor?

Luis. Ven acá, Ramon:
cuéntame pronto...
Ramon. Qué cosa?
Luis. Vamos, cuenta... y poca prosa.
Ramon. (Ay! cómo está! hecho un leon!)
Luis. Te ha contado ya Benita?...
Ramon. Toda su historia.
Luis. Pues anda.
Ramon. Benita nació en Arganda...
Luis. Al grano.
Ramon. Y desde chiquita
se la trajo esta familia,
que la quiere!...
Luis. (Estoy deshecho!)
Ramon. Es el ojito derecho
de la señorita Emilia!
Luis. Y Emilia en fin?...
Ramon. Es honrada!...
Luis. Pero...
Ramon. Y lo que es hasta el dia...
Luis. Con que...
Ramon. (*Con un arranque de queja.*)
Usted no merecia
que yo le dijese nada!
Luis. Qué es esto?
Ramon. A un criado fiel
que siempre guardó en su pecho...
Luis. Qué dices?
Ramon. Que siempre ha hecho
con usted otro papel: —
que no fue nunca imprudente,
ni tuvo el menor desliz
en aquel tiempo feliz
en que era su confidente,
guardarle este desengaño!
Temer que vaya y lo charle!...
Luis. Pero hombre!...
Ramon. Vamos, tratarle
como si fuera un estraño!
En vez de llamarlo aparte,
y decirle: oye, Ramon;
tengo aqui en mi corazon

un secreto que contarte.

Luis. Cómo!... qué dices?...

Ramon. Secreto
que confio á tu lealtad.
Oye mi debilidad...
y ayúdame en este aprieto.

Luis. (Dios mio!... Y yo que creía
que nadie habia notado!...)
Con que tú has adivinado?...

Ramon. No, que se me escaparía!

Luis. Pues! Al que tiene la espina
de los celos, cosa es clara,
se le conoce en la cara.
No hay duda! estoy en berlina!
Porque no hay pasion que dé
entre la pícara gente
mas tormento al que la siente,
ni mas risa al que la ve.

Ramon. En diez años que he vivido
con usted... Diez años?... Mas.

Luis. Dime, dime: y los demas,
crees tú que lo han conocido?

Ramon. Ninguno se lo malicia.

Luis. Respiro! — Y di; hay fundamento
de temer?...

Ramon. Señor, yo siento
dar una mala noticia!

Luis. Mala?

Ramon. Remala!

Luis. Di, cuál?
Qué te ha dicho esa muchacha?
Vamos, pronto!... habla!... despacha!...

Ramon. Que tiene usted un rival!

Luis. Un rival?... Ese canalla?...

Ramon. Antoñito, sí señor:
ese es quien hace el amor
á la...

Luis. No la nombres!... Calla! --
Jamas tu labio revele
ese nombre! -- Me sonrojo!...

Ramon. Yo lo creo! -- Es mucho antojo!
Preferir á ese pelele!...

Luis. (Venderme asi! Oh Clara!... Clara!...)
Vamos... cuéntamelo todo:
cómo empezó... de qué modo...
Ramon. Antes que usted se casara.
Luis. Antes!!...
Ramon. Mucho antes!--Benita
ha sido la protectora;
y hoy riñó con la señora,
por no sé qué sortijita
comprada para ese bicho,
y cartas que le ha llevado.
Y el ama la ha amenazado
con echarla.--Esto me ha dicho.
Luis. No digas mas: basta ya!
Ramon. Usted debe despreciarla.
Luis. Sí, la desprecio!
Ramon. Y dejarla...
Luis. Lo haré, y hoy mismo será.--
Ay! no te cases, Ramon!
no te cases! escarmienta...
Ramon. Ya; pero el que se contenta
con su muger...
Luis. Qué ilusion!
Ya ves lo que á mí me pasa!
Me caso como un bendito:
dejo el mundo: me limito...
á lo que tengo en mi casa...
Ramon. Ya! eso sí.
Luis. Nada mas quiero;
y el primer recien venido...
Ramon. Pero usted huele á marido;
y el otro al fin es soltero.
Luis. (*Ap.*) Separacion!--No se ria
mas de mí.--Voy á escribir.--
La daré para vivir
mi hacienda de Andalucía.

ESCENA X.

DICHOS. DON JUAN.

Juan. Hola! Luisillo, qué tal?

se pasó ya el arrechucho?

Luis. (*Abrazándolo tiernamente.*)
Juan!... No te cases!

Juan. Qué escucho!

Luis. Tú eres mi amigo leal!

Juan. Oh! eso sí.

Luis. Pues no te cases!

Juan. Ni con Emilia tampoco?

Luis. Con ninguna!

Juan. Tú estás loco!

Luis. No, Juan!

Juan. Pues, y aquellas frases?...

Luis. Ya te diré. -- En este estado,
no se encuentran mas que abrojos!

Juan. Cómo!

Luis. Hay que cerrar los ojos...

Juan. Pero...

Luis. O vivir desgraciado!
(*Se va á su cuarto.*)

ESCENA XI.

DON JUAN. RAMON.

Juan. Qué es esto? qué tiene?

Ramon. Toma!
pues no se lo dije á usted?
Enamorado y celoso.

Juan. Celoso de su muger?

Ramon. Qué! no señor. Ahora mismo
me ha confesado de quién.

Juan. De quién?

Ramon. De su cuñadita.

Juan. Qué dices! De Emilia?

Ramon. Pues!
Anda tras de ella hace mucho.

Juan. Y me la ofrecia ayer
por esposa! -- Ah! gran bribon!
quiere hacerme su merced
el editor responsable! --
Pillo! Yo me vengaré.
Su muger tiene sospechas...

Ramon. Sí? Por fuerza. Si está él
que no disimula. Acaba
ahora mismo de saber
que Antoñito es preferido,
y se ha puesto hecho un luzbel.

Juan. Ya caigo! Por eso yo
le notaba un no sé qué...
Ella viene!

Ramon. Pues me voy. (*Se va.*)

Juan. Si se lo digo, va á arder
la casa. — Mejor! Á rio
revuelto...

ESCENA XII.

DON JUAN. CLARA.

Clara. Yo le diré
á mi marido...

Juan. Señora!

Clara. (Qué posma!)

Juan. Perdone usted!
Decidido vengo ya
á cumplir aquel crüel
precepto...

Clara. No es necesario...

Juan. Anoche no estaba bien
enterado...

Clara. Sí por cierto...

Juan. Pero ya...

Clara. Todo lo sé.
Tengo á esa digna rival
dentro de casa.

Juan. Tal vez!

Clara. Ya recuerdo la indirecta.
Me dijo usted que es muger
la tal, que no merecia
descalzarme. Y asi es!

Juan. (Pues no es poco vanidosa!)

Clara. Y ahora mismo, sin perder
tiempo, la acabo de echar
de mi lado.

Juan. Cómo! A quién?
Clara. A la niña desenvuelta...
Juan. Es posible?... tanta hiel!...
(A su hermana! — Lo que ciegan
los celos á una muger!)
Y dónde ha de ir?...
Clara. A la calle.
Juan. Pero...
Clara. A la calle!
Juan. Pues qué,
abandona usted asi?...
Clara. Infame! corresponder
de esa manera al cariño
con que desde la niñez
la he mimado...
Juan. Eso es verdad!
Clara. Asi ha llegado á tener
esos humos!
Juan. Ya!
Clara. A escaparse
de casa...
Juan. De casa?
Clara. Pues.
Juan. (Qué tal! la niña inocente!)
Pero, dónde quiere usted
que vaya, sola!...
Clara. Y á ese
hipócrita yo le haré
entender si es noble accion
divertirse en corromper
á una muchacha...
Juan. Ese sí!
ese merece!...
Clara. Y tambien
á ese alhaja de criado,
que sin duda ha sido el que...
Juan. Calma, señora! Estas cosas
se hacen... (*En tono de intimidad amistosa.*)
Clara. Y tambien á usted.
Juan. A mí?
Clara. A usted. — Que si un momento
pude, por satisfacer

esta duda, tolerar
lo que una muger de bien
no consiente á ningun hombre
cuyas intenciones ve,
ya es tiempo de que usted sepa
que se ha engañado esta vez.

Juan. Como no diga usted eso,
señora, por el placer
de darme unas calabazas
que no he buscado, no sé...

Clara. Va usted á hacerme la escena
del desden con el desden?
La sé de memoria.

Juan. Juro
que ningun otro interes
que el de la amistad... (Con esta
no saco partido. — A ver
si con la hermana, que ahora
sale de casa...) Y en fé
de que es asi... Usted persiste
en la idea de espeler
á esa infeliz?...

Clara. Sí señor.

Juan. Pues yo la recogeré.

Clara. Usted?

Juan. Sí señora, yo.
Yo soy su amparo.

Clara. Muy bien.

Juan. Yo me la llevo á mi lado.

Clara. Me alegro.

Juan. Yo velaré
por su inocencia!

Clara. Oh! eso sí:
por supuesto! — Herede usted
á su amigote. — Ahi está:
cargue usted con ella.

Juan. Eh?

ESCENA XIII.

DON JUAN. CLARA. BENITA.

(*Benita sale con mantilla puesta, llorando á lágrima viva.*)

Benita. Señora!...
Clara. No, no te aflijas.
Mira, el señor quiere ser
tu protector...
Benita. (*Va hácia él llorando.*) Caballero!...
Juan. Quita, quita!...
Benita. Yo no sé
por qué me despide!...
Juan. Bueno.
Yo tampoco.
Benita. Quiero ver
al amo!... Dónde está el amo!...
Clara. Calla, infame!
Benita. Yo sé que él
me protege!...
Clara. Sal de aqui!
Bribona!
Juan. (Con que esta es! —
Y ese bruto de Ramon!...)

ESCENA XIV.

DICHOS. RAMON.

Ramon. Qué gritos!...
Juan. Camueso!
Ramon. Qué?
Juan. Si no es Emilia, borrico!
que es esta.
Ramon. Benita!
Juan. Pues!
Ramon. Ay! San Francisco! Por eso
me ha querido á mí tambien
casar con ella!
Benita. Caramba!
Despues que una cobra ley!...

ESCENA XV.

DICHOS. EMILIA.

Emilia. Qué sucede?
Benita. Ay! Señorita
de mi vida! Venga usted;
que la señora me ha echado!
Emilia. Te ha echado! —Por qué? por qué?
Clara. Ella lo sabe!
Emilia. (Yo soy
la causa! Qué debo hacer?)

ESCENA XVI.

DICHOS. DON LUIS.

(*Don Luis sale de su cuarto con un papel en la mano: se detiene contemplando á Clara.*)

Luis. (Que oculte tanta doblez
bajo ese aire de candor! —
Pero es preciso. —Valor! —
La hablo por última vez!)
Benita. (*Se acerca á él llorándole.*)
Ay! Señor! Me ha despedido!
Luis. Oiga! -- Tú te habrás negado
á hacer lo que te ha mandado...
-- No es eso, Clara?
Clara. Eso ha sido!
Luis. (Lo que me dijo Ramon.
Pues! -- Si aun me quedara duda...)
Benita. Señor! si usted no me ayuda!...
Clara. Pídele su intercesion!
Luis. Clara!... Ya es en vano todo:
no necesitas echarla.
Clara. No? -- Yo misma he de plantarla
en la calle de este modo. (*Va hácia ella.*)
Luis. Estáte quieta! (*Deteniéndola.*)
Clara. Traidor!
te atreves?...
Luis. No escandalices! --

Vamos, y por qué no dices
la causa de ese rencor?

Clara. Tú me provocas? ingrato!...
quieres que en público diga
la razon que á esto me obliga?...

Luis. Eso es echarlo á barato.
Dilá, sí.

Clara. Se ha visto tal!

Benita. Diga usted!

Emilia. Habla!

Clara. Por vida!...

Juan. (No hay cosa mas divertida
que una riña conyugal.)

Clara. (*Trayendo con violencia á Benita.*)
Cuenta sin avergonzarte
lo de anoche. Adónde fuiste?
Y otras mil veces...

Emilia. (Ay triste!)

Clara. De cierto tiempo á esta parte.

Benita. Ay! Señorita! usted ve?...

Clara. Vete al punto de mi casa.

Luis. Basta, Clara: esto ya pasa...

Clara. Vete!

Luis. (*Acercándose á Clara.*)
Yo tambien me iré!
Ella, porque ya no quiere,
lo sé, servirte á tu gusto.
Yo, Clara, porque no es justo
que sabido, lo tolere.

Clara. Luis!... Qué dices?

Luis. Sí: los dos.

Clara. Quieres humillarme mas?

Luis. No finjas!

Clara. Tan ciego estás?...

Luis. Lo he resuelto. -- Toma. -- A Dios!
(*La da el papel.*)

Clara. Qué es esto? (*Leyendo.*)

Benita. (*A Emilia.*) Lo está usted viendo?
Por usted! -- Yo bien decia!

Emilia. No llores.

Benita. Yo bien temia
lo que me está sucediendo!

Juan. (*A don Luis.*)
Con que á la chita callanda
tú te arreglabas con ella?
Luis. Yo!... Con quién?
Juan. Con la doncella.
Te vas á vivir á Arganda?
(*Siguen hablando: don Luis muestra estrañeza.*)
Clara. (*Leyendo.*)
Qué veo!--Celos!... De quién?
Emilia. Ya que es ese tu delito, (*A Benita.*)
no has de salir.
Clara. (*Idem.*) De Antoñito!
Luis se ha vuelto loco!
Emilia. (*A Benita.*) Ven.
Clara. Separacion! (*Idem.*)
Emilia. Todo, sí,
aunque el contarlo me aflija,
se lo diré.
Clara. (*Idem.*) La sortija!
Cómo! si la tengo aqui. (*La saca.*)
(*Emilia se acerca trayendo de la mano á Benita.*)
Emilia. Clara: aunque al dar este paso
me muera, hacerlo me toca;
y quiero que de mi boca
sepas la verdad del caso.
Yo defiendo su inocencia:
la culpada aqui yo he sido.
Cuantas veces ha salido
de casa, sin tu licencia,
y despues de resistirlo,
es porque yo la he enviado.
Clara. Tú?...
Emilia. Yo: con carta ó recado...
á quién, escuso decirlo.
Clara. Y anoche?
Emilia. Instándola mucho,
logré que fuese... hice mal,
por la otra sortija igual...
Clara. Para Antoñito?...
Luis. Qué escucho!
Con que hay dos sortijas?
Clara. Sí,

mira.

Luis. Y la otra?

Emilia. Él la tiene.

Luis. Dónde está?

Emilia. Muy pronto viene.
Le llamo?

Luis. Llámale aqui.

ESCENA XVII.

DICHOS, *menos* EMILIA.

Luis. Clara! Clara!... Sí! esta es!
(*Mirando la sortija.*)
Y por qué no me la diste?

Clara. Y tú, para quién trajiste
de casa del tirolés?...

Luis. Ah!... Los pendientes?... Perdona!...
quise ganarla... --Pues mira,
toda esta infame mentira
es obra de esa bribona.

Clara. De ella! --Ven acá, Benita.
(*La trae de un brazo, y don Luis á Ramon.*)

Luis. (*A Benita.*)
Tú le has dicho á este tunante
que Antoñito...

Ramon. Era el amante...

Clara. De quién?

Benita. De la señorita.

Luis. (*A Ramon.*)
Infame! Pues no me has dicho
que era rival mio?

Ramon. Sí.
Pero fue porque crei
que usted tenia capricho
por su cuñada.

Luis. Bribon!

Juan. (Qué enredo tan singular!)

Clara. A lo que has dado lugar
con esa necia aprension! --
Pero de dónde ha nacido?...

Luis. Ayer, hablando con Juan,

recordé cierto galan,
á quien el mismo marido...

Clara. Ya!... Y el señor, que es profundo
en esto de intrigas...

Juan. No:
yo no le dije...

Luis. Fuí yo,
yo solo!...

Clara. El hombre de mundo!

ESCENA XVIII.

DICHOS. EMILIA. ANTOÑITO.

(*Emilia sale de lo interior. Antoñito viene de la calle.*)

Emilia. Aqui viene.

Antonio. Emilia!... -- Tate!

Luis. Dónde estaba?

Emilia. Ahi cerca.

Antonio. Pues:
en casa del tirolés.

Juan. Cómo! en el escaparate?

Emilia. Todo se sabe, Antoñito.
Ha habido necesidad
de declarar la verdad.

Antonio. Me alegro. -- Ya estaba frito;
y resuelto, á fé de Antonio,
sin consultar mas contigo,
á presentarme á este amigo, (*Por don Luis.*)
y pedirte en matrimonio.

Luis. (*Mirando la sortija.*)
Esa mano!... (Ella es!) -- Muchacha,
qué dices tú?

Emilia. Yo... Si hubiera
acabado su carrera...

Luis. Jóven es!...

Clara. Esa no es tacha.

Emilia. No decias?...

Clara. He adquirido
convencimiento profundo
de que el tener mucho mundo

no hace feliz á un marido.
Lo que él con otros ha hecho
cree que hacen todos con él;
y esa sospecha cruel
le tiene en contínuo acecho.
Ella las mañas pasadas
del marido sabe ya;
y al menor paso que da
cree que ha vuelto á las andadas.
De manera que á uno y otro
de qué les viene á servir
tanto mundo?--De vivir
eternamente en un potro.
Luego... á la menor sospecha...
nunca falta algun amigo...

Juan. (A Dios!... Esto va conmigo!)

Luis. Hola! (*Fijando la vista en don Juan.*)

Juan. La paz ya está hecha;...
con que...

Luis. A Dios, Juan.

Juan. (No es estraño
que esté tan arisca ahora.
Lleva tres meses...) Señora! (*Saludando.*)
(Volveré dentro de un año.)

ESCENA XIX.

DICHOS, *menos* DON JUAN.

Luis. Di: con que este?...

Clara. Te has lucido!
Sospechas del inocente;
y de ese que es justamente...

(*Don Luis hace ademan de ir tras él. Clara le detiene.*)

Qué vas á hacer?--Ya se ha ido.
Déjalo estar.

Luis. Voto á brios!
Con que no tenemos medio
de escapar?

Clara. No hay mas remedio
que echarse en brazos de Dios.

Luis. Ah! en los tuyos! (*La abraza.*)

Clara. Haces bien. --
Niños, á casarse pronto.
Antonio. Tu mano! -- (*A Emilia.*)
Emilia. (*Con vergüenza.*) Anda, no seas tonto.
Clara. Y quiero haceros tambien
un pequeño regalito.
Yo tengo en Andalucía
una posesion... que es mia.
No es verdad? -- Aqui está escrito.
(*A don Luis, mostrando un papel que venia dentro de la carta.*)
Luis. Calla!... (*Aparte á Clara.*)
Clara. Luis es tan galante,
que me la ha cedido á mí...
para que yo fuese alli
á habitar en adelante. --
Yo os la regalo; y espero
que acepteis...
Luis. Pero...
Clara. (*Aparte á don Luis.*) El haber
dudado de tu muger
te ha de costar el dinero.
Luis. Qué quieres! Lo vi de un modo
tan claro!
Clara. ¡No viste nada:
es que tu vida pasada
viene á envenenarlo todo.
Pon en olvido profundo
esa esperiencia fatal;
que no basta pensar mal
para ser *hombre de mundo.*



FIN DE LA COMEDIA.

obras completas de

Miguel Rivas



La insaciable